

Lou Carrigan

DIARIO DE UN GUN-MAN


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

DIARIO DE UN GUN-MAN

Colección LA HUELLA n.° 111
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 40.162 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: diciembre, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

21 MARZO 1968

Creo que éste es un buen momento para retroceder en el tiempo, para pensar en lo que ha sido mi vida hasta ahora, para recordar muchas cosas, para reflexionar.

Sí… Ahora, aquí, encerrado entre estas cuatro paredes, esperando el momento fatídico, sin ninguna posibilidad de escapar, puesto que mi suerte está irremediablemente echada, creo que debo recapacitar, meditar profundamente. No sé cuántas horas faltan exactamente para el temido desenlace. Todo lo que sé es que estoy atrapado, sin remedio, sin salvación, sin posibilidad de ser ayudado.

Nadie me ha ayudado en mi última aventura. Nadie. Ya sé que puede parecer un poco duro y hasta increíble que esto lo diga un agente especial del FBI, pero es la pura verdad. Reconozco que, a veces, he sido demasiado independiente, que he actuado de modo muy personal, como en este caso… Y lo estoy pagando caro. Lo pagaré caro muy pronto, lo sé.

Y nadie me ha ayudado.

Nadie.

Quizá sea culpa mía, por no haber pedido esa ayuda, pero, de todos modos, mis compañeros del FBI han debió ayudarme, tenderme una mano… Y no lo han hecho. Me han dejado a mi suerte, me han abandonado. Es más: creo que uno de ellos ha encontrado especial satisfacción personal en contribuir a mi derrota. Incluso está dispuesto a participar en mi sacrificio. ¿Increíble? Pues no. No es increíble. Citaré aquí su nombre, para que todos sepan quién es: Tony Leopard.

Sé que en cualquier momento el maldito traidor, Tony Leopard, aparecerá sonriendo irónicamente, y me dirá:

«—Tim: ha llegado la hora. ¿Estás listo?».

Lo sé muy bien. El disfrutará con esto, con mi total caída en el cepo.

¿Cuántas horas deben faltar…? Podría saberlo mirando mi reloj, simplemente; pero no quiero hacerlo. El final, de un modo u otro, tendrá que llegar, ya no puedo escapar. De nada sirve mi experiencia, mi astucia, mi reconocido valor. Estoy atrapado, encerrado, solo… Nadie va a ayudarme.

Y en estos últimos momentos, en mis últimas horas de libertad relativa, quiero retroceder en el tiempo, recordarlo todo… Todo, desde aquel día en que, lleno de ilusiones, con mi flamante nombramiento de agente especial en el bolsillo, me presenté al inspector McDougall, entonces jefe de la Delegación del FBI en la ciudad de Nueva York.

Lo recuerdo muy bien. Aquél era el día…

5 ABRIL 1965

El inspector McDougall había examinado rutinariamente mi documentación personal. Rutinariamente, porque, desde luego, en su poder obraban ya todos los datos sobre mí, así como mi fotografía, huellas dactilares, informe sobre mi carácter y capacidad… Seguramente, sabía de mí más que yo mismo.

—Correcto, Parrish —dijo—. Bien venido a la Delegación de Nueva York. Espero que se encontrará satisfecho entre nosotros y que cumplirá con su deber hasta su último aliento.

—Muchas gracias, señor. Le aseguro que estoy dispuesto a todo.

—Magnífico —echó un vistazo a los informes sobre mí—. Aquí dice que usted estudió en Quantico nada menos que con Mike De Brando.

—El Hueso, sí, señor… Perdón —creo que me sonrojé—. Quizá no debí…

—No debió, Parrish —frunció el ceño McDougall—. El profesor especial Mike De Brando cumple su deber en Quantico igual que yo lo cumplo aquí. No deberían llamarle el Hueso, aunque les parezca un hombre duro e intransigente.

—Lo lamento, señor. En realidad, todos los alumnos que hemos estado con Mike le apreciamos mucho. Es un hombre muy duro, ciertamente, con los alumnos. Pero cuando un agente especial sale de sus manos, es que, realmente, ese agente es especial.

El inspector McDougall se me quedó mirando fijamente. Me temo que pensó que yo era un tipo fanfarrón y engreído, o algo así. Pero acabó sonriendo muy «amablemente», y dijo:

—De acuerdo, Parrish. Ahora sólo falta que usted demuestre que es de verdad un agente especial. Mmm… Leo aquí que usted ha pedido destino en la Sección Fotografía.

—Sí, señor.

—¿Por qué? Parece que usted está preparado para cosas más… interesantes, ¿no es cierto?

—Pues, a decir verdad, señor, no estoy muy convencido de eso. De modo que quisiera empezar por trabajos de los llamados de laboratorio, ir viendo todo nuestro tinglado desde el principio. Claro que si no es posible…

—Es perfectamente posible, Parrish. De momento, usted estará en la Sección Fotografía. Mi ayudante le llevará allí, le pondrá en… órbita —sonrió—, y eso será todo. Espero que seremos buenos amigos… Y repito: bien venido, Timothy Parrish.

11 MAYO 1965

Llevaba ya cinco semanas en la Sección Fotografía de la Delegación del FBI, en Nueva York, cuando, por fin, sucedió algo realmente importante para la Sección, y, sobre todo, para mí, que ya conocía bien aquel «tinglado» interno del FBI y estaba buscando el modo de cambiar de aires.

Fue el propio inspector McDougall quien me dio la oportunidad para demostrar que yo no tenía mucho más que aprender en fotografía. Este día, apareció en el laboratorio fotográfico, y se dirigió directamente a mí, con un sobre en una mano. Le noté un poco pálido y demudado. Impresionado por algo.

—Tim —me dijo, un poco tenso—: quiero que me reveles esto a la mayor urgencia. Y haz copias de ocho por diez de cada microfoto. Cuando hayas terminado, subes a mi despacho.

—Sí, señor.

Tomé el sobre, saqué el diminuto microfilme y me puse manos a la obra, a toda prisa. Y cuando terminé el trabajo, tal como me había ordenado el inspector McDougall, subía a su despacho.

Estaba con dos agentes más, y los tres me miraron sombríamente. Para entonces, yo comprendía ya por qué el inspector me había parecido demudado al entregarme el microfilme. En realidad, sabía más que él mismo, ya que McDougall solamente tenía sospechas, y yo, habiendo visto las fotos obtenidas del microfilme, tenía la certidumbre de que algo malo y muy feo había ocurrido.

McDougall y mis dos compañeros de acción miraron las fotos… Les vi palidecer de nuevo, mirarse entre sí…

—Gracias, Tim… —musitó McDougall—. Esto es todo.

—Ejem…

Me miró sorprendido.

—¿Sí, Tim?

—¿Puedo saber de dónde sacaron el microfilme, señor? —pregunté.

Bueno, es momento ya de que diga lo que contenía el microfilme, lo que explicaban, al parecer muy claramente, aquellas fotografías. Diré el asunto de un modo global, como quien explica una película. Según las fotografías, un tipo que luego supe se llamaba Zachary Bowell, entregaba dinero, un buen fajo de billetes, a uno de los agentes de la Delegación, llamado Roy Durham. La cosa estaba estremecedoramente clara, si se tenía en cuenta que Zachary Bowell hacía tiempo que estaba bajo el punto de mira del FBI, sospechoso de un montón de cosas. Pues bien, Bowell entregaba dinero a mi compañero Roy Durham, visto esto en un juego de cinco de las fotografías, las centrales del microfilme. En las primeras se veía a Bowell caminando hacia la puerta de su apartamento; la abría… Y en el umbral se veía a Roy Durham. Luego, se les veía en el *living*, cada uno sentado en un sillón. Después, la entrega de dinero. Finalmente, mientras Zachary Bowell permanecía sentado, mi compañero del FBI, Roy Durham, se dirigía hacia la puerta; la abría; salía…

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió McDougall.

—Me gustaría saberlo.

McDougall frunció el ceño.

—El microfilme lo tenía Zachary Bowell en un bolsillo. Estaba en su apartamento, muerto. Delante de él, muy malherido, estaba Roy.

—Entiendo… Al parecer, hubo una pelea entre ellos, ¿no?

—Así parece. Roy tenía alojada una bala en el pecho, disparada por la pistola de Bowell; y Bowell tenía dos balazos en el corazón disparados por Roy.

—¿Qué cree usted que ocurrió, señor? —musité.

—Mira, Tim, este trabajo…

—Le suplico que me lo diga, señor.

Me miró de un modo extraño.

—De acuerdo… —aceptó—. Según todas las evidencias, Zachary Bowell sobornó a Roy Durham hace tiempo, no sabemos cuánto. En la entrevista donde le entrega dinero a Roy, había presente alguien

más, que tomó las microfotos, posiblemente con una cámara escondida en un encendedor. Por supuesto, las microfotos de la entrega del dinero fueron tomadas para tener bien sujeto a Roy Durham, nuestro compañero, por si más adelante él se arrepentía de trabajar para Bowell. Al parecer, llegó ese momento, Roy Durham dijo que no quería aceptar más sobornos y Zachary Bowell le mostró las microfotos, amenazándole con enviarlas a nosotros si Roy no seguía colaborando con él. Parece evidente que eso no le gustó a Roy, que disparó contra Bowell, el cual se defendió con su pistola. Cayeron los dos, y el microfilme quedó en el bolsillo de Zachary Bowell.

—Entiendo que ese Bowell no es… era persona grata, señor.

—Un granuja de los grandes, Tim. Precisamente, Roy le iba detrás desde hacía meses. Pero estamos pensando si no sería… un pretexto para poder acercarse a él, y cobrar sus… honorarios de traidor.

—Desde luego, todo parece muy claro, señor… ¿Qué dice Roy?

—Está muy malherido. Tardará muchos días en poder explicarnos lo sucedido… Si no muere, claro. Esperemos… Un momento.

Había sonado el teléfono de la mesa de McDougall. Éste atendió la llamada… Cuando colgó, estaba lívido, más demudado que antes.

—Ha muerto —susurró.

—¿Roy Durham? —murmuré yo.

—Sí… Hace unos minutos ha fallecido en el hospital. Casi… casi me alegro.

—¿Se alegra, señor? —exclamé, atónito.

—Así es, Tim. Si Roy hubiese sobrevivido, nos habría dicho la verdad, al recuperarse. Y quizá no nos habría gustado. Pero estando muerto, nosotros… arreglaremos las cosas de modo que lo que dice este microfilme admita… otras interpretaciones. No es grato admitir que un agente del FBI se ha dejado sobornar.

—Quizá no fue así, señor —dije.

Los tres me miraron sobresaltados, con una brevísima expresión de esperanza en sus ojos. Pero esta expresión desapareció en seguida.

—¿Qué quieres decir? —se interesó McDougall.

—Hay algo que me tiene sorprendido en estas microfotos, señor.

¿Podríamos ir ahora al apartamento donde ocurrieron las cosas?

* * *

Era un apartamento bonito, moderno, bien amueblado. Había una gran terraza que daba al *living-hall*, que reconocí en seguida como el escenario donde, según el microfilme, Roy Durham, mi compañero del FBI, había recibido dinero de un tipo como el canalla de Zachary Bowell.

Inmediatamente, y para asombro de McDougall y mis dos compañeros, me coloqué de espaldas a la pared de enfrente a la puerta y miré hacia el centro del *living*, colocándome ante el ojo que dejé abierto, una pequeña cuadrícula de metal, cuyas dimensiones podían corresponder al objetivo de una microcámara oculta en un encendedor. Sin que el asombro primero, y el interés de ellos después, decreciera ante mis actividades, me fui desplazando por la pared, a derecha e izquierda. Me acuclillé, me alcé de puntillas… Luego, siempre por la pequeña cuadrícula de metal, miré el *living* desde otros ángulos…

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me preguntó McDougall.

—¿Me permite el microfilme, señor?

Me lo permitió, desde luego. Lo estuve examinando atentamente. Luego saqué mi lupa especial para microfotos… Mis compañeros estaban en verdad asombrados e intrigados, pero, ciertamente, ellos no eran expertos en fotografía como yo.

Devolví el microfilme a mi jefe, musitando:

—¿Se ha dado cuenta de un detalle, señor? Todas las microfotos han sido tomadas desde el mismo punto.

—¿Cómo? —exclamó McDougall.

—Que todas las microfotos han sido tomadas del mismo lugar… Absolutamente todas muestran idéntico ángulo de visión del objetivo. Es como si la microcámara hubiese estado fija siempre en el mismo punto, tomando foto tras foto.

—¿Y…?

—Bueno… Eso es realmente sorprendente, señor. Ninguna persona es capaz de conseguir eso en un espacio tan reducido. Nadie es capaz de tomar dos fotos con el mismo encuadre, sin haber fijado la máquina fotográfica a determinado lugar. Por lo cual,

queda descartado que alguien que asistió a la entrevista de soborno entre Roy y Bowell pudo tomar esas fotos. Una persona que simule encender un cigarrillo, puede, ciertamente, tomar muchas fotografías. Pero todas con diferente encuadre.

McDougall y los dos compañeros que estaban con él se miraron. Y los tres parecieron querer devorar las fotografías con la mirada…

—Es cierto… No habíamos caído en esto… —musitó McDougall—. Todas las fotografías tienen el mismo encuadre… Tom: ¿crees que fue Zachary Bowell quien colocó la cámara en algún sitio, para tomar las fotos con las cuales obligaría más adelante a Roy a seguir trabajando para él?

—Tiene que ser algo parecido, señor. Pero me pregunto quién hizo funcionar la cámara, entonces. Eso, aparte de que cinco de las microfotos son reproducciones con montaje.

—¿Quéee…?

—Reproducciones con montaje. Quiero decir con ello que las fotos en las que se ve a Roy aceptando dinero, son falsas, señor. Y también algunas de las otras.

—No…, no comprendo…

—Son dos microfilmes que, tomados con idéntico encuadre, han sido luego superpuestos en algunas de las fotografías. Por ejemplo, cuando Roy entra por esa puerta —la señalé—, no es cierto que Zachary Bowell se la haya abierto. La realidad es que la foto que muestra a Roy en el umbral es una, y la que muestra a Bowell abriendo la puerta, es otra. Luego se han superpuesto las dos, en un trucaje perfecto, que parece que Bowell abra la puerta y Roy se disponga a entrar. Asimismo, las fotos que muestran a Roy y a Bowell sentados muy cerca uno de otro en diferentes sitios, son falsas. Primero estuvo sentado uno en un sillón; luego, estuvo sentado otro, en diferente sillón. Finalmente, las dos fotografías fueron trucadas hasta parecer una sola, en la que, obviamente, se ven sentados uno cerca de otro a Roy Durham y Zachary Bowell.

—Tim: ¿estás seguro de lo que dices?

—Absolutamente, señor. No pedí destino en Fotografía para perder el tiempo. ¿Quizá usted cree que esos trucos no pueden hacerse?

—Sí… ¡Sí, sé que pueden hacerse, claro…!

—¿Y cuando Roy toma el dinero de Bowell? —Gruñó uno de mis

compañeros—. ¿También ahí hay truco, Tim?

—Desde luego. En determinado momento, las posiciones de Roy y de Bowell fueron tales que, fundiendo las respectivas fotografías de cada uno, parecía que estuviesen frente a frente. Entonces, todo lo que hacía falta eran dos brazos, dos manos: una de las manos entregaba el dinero; la otra, lo cogía, tal como aparece en las fotografías.

—¿Pero no es cierto?

—No. La realidad es que esas manos, esos brazos que toman y reciben dinero, no son de Roy Durham y Zachary Bowell. Son el brazo derecho y el brazo izquierdo del mismo hombre. Si se fijan, verán que parece que Zachary entregue el dinero con la mano derecha, y que Roy lo recoja con la izquierda. Pero tanto una mano como otra pertenecen al mismo hombre, que se colocó aquí —me coloqué en el sitio adecuado—, y en una foto tendió el dinero y en otra parecía tomarlo con la otra mano.

—¿Alguien preparó esto, Tim?

—Alguien que no fue Zachary Bowell. Ni Roy Durham, por supuesto.

—¿Cómo puedes estar seguro de todo lo que has dicho?

—Hay demasiados detalles. Por ejemplo, cuando Bowell se dirige hacia la puerta, la fotografía está tomada también como si todavía permaneciese en el centro del *living*, cuando lo normal es que el hombre que manejaba el encendedor con microcámara, le hubiese encuadrado mejor. Pero no. Todas las fotos han sido tomadas desde el mismo sitio.

—Sí… Eso es evidente, ahora que lo has dicho… Pero ¿cómo sabes que las manos con el dinero no son de ellos dos? ¿Cómo puedes asegurar que las dos manos son del mismo hombre, la derecha y la izquierda?

—Bueno… Lo de que son la derecha y la izquierda se ve claramente en la foto. Pero ahora fíjense bien en mis manos… Y extiendan las suyas también… ¿Tenemos las manos iguales alguno de nosotros?

—No… No, claro que no…

—Diferente forma, diferente grosor, diferentes uñas… Todo es diferente, incluso la cantidad de vello en el dorso, por ejemplo. Miren ahora esas dos manos en esta fotografía…

Aparté la que me interesaba y los tres se quedaron mirando las manos; derecha e izquierda, una tendiendo el fajo de billetes y la otra recogiéndolo, pero ya soltado el fajo por la otra mano…

—Vean los dedos, las uñas, el vello en el dorso, la forma general de ambas manos, su tonalidad idéntica… Observen los pulgares. Es un dedo muy personal, el pulgar. Y vean la manga de la chaqueta, la forma del puño de la camisa…

—Son…, son iguales… Santo Dios, Tim…

—Pero —masculló uno de mis compañeros—: ¿quién y por qué hizo esto? ¿Cómo lo hizo?

—Parece que Roy Durham, efectivamente, estuvo en el apartamento. Pero solo. No encontró a Zachary Bowell. Lo estuvo esperando en ese sillón —lo señalé—, y al final se fue. Por supuesto, Bowell también estuvo en su apartamento, y en un momento u otro, forzosamente, tuvo que entrar o salir de él, abrir y cerrar, la puerta…

—Es lógico que Bowell estuviese en este apartamento.

Pero…, ¿qué vino a hacer Roy aquí?

—Alguien lo citó, quizá diciéndole que era Bowell en persona, o le envió recado a algún lugar.

—Es decir, que alguien quería matar a Roy Durham y a Zachary Bowell, y lo preparó todo para que pareciese que Durham se había dejado sobornar y que más adelante se habían matado el uno al otro…

—Eso parece, señor.

—¡Ya lo tengo! —exclamó uno de mis compañeros—. Roy Durham quizá había convencido a Zachary Bowell para que dijera algo importante… Normalmente, quizá se veían en lugares discretos, pero ambos aparecen en las fotografías aquí quizá porque alguien que sabía que Bowell podía decirle algo importante a Roy, citó a nuestro compañero aquí, haciéndose pasar por Bowell, o dejándole recado en algún sitio… Les engañaron a los dos, sobre todo a Roy, atrayéndolo aquí…

—Por segunda vez, claro… —dije yo—. La primera vez que Roy vino aquí fue, quizá, cuando alguien supo que nuestro compañero y Bowell tenían algún trato. Una imprudencia por parte de Roy, que luego debió enmendar entrevistándose con Bowell en otros lugares. Pero la segunda vez vino aquí engañado por algún falso aviso

urgente de Bowell, por ejemplo… Es evidente que Roy estuvo aquí dos veces, porque se le ve con dos trajes diferentes. La primera, no pasó nada, y hasta es posible que las fotos en las que Bowell abre la puerta y Roy entra, sean auténticas. Pero la segunda vez, cuando le mataron, vino aquí creyendo que Bowell le había enviado un recado urgente… Y les mataron a los dos, de tal modo que las apariencias fuesen las que ya conocemos.

—Bien… Es un poco… fantástico todo esto, Tim, pero… Y otra cosa: ¿quién y desde dónde tomó esas fotos? Porque, si el complot era contra Bowell y Roy, supongo que no se dejaría ver por ninguno de los dos.

—En efecto.

Me acerqué a la pared de delante de la puerta. Desde allí, sólo que un poco más atrás de lo que yo podía ponerme, y desde una posición fija, alguien había tomado las fotos. Pero allí, en aquel cuadrado que tracé mentalmente en la pared, no había nada tras lo cual o sobre lo cual pudiera ocultarse una microcámara. Ni siquiera había un cuadro… La pared empapelada, y eso era todo.

Bueno, era todo a simple vista. Mirando más atentamente, pude encontrar, al fin, lo que buscaba. Esto es, un pequeño rectángulo del papel recortado con algo muy afilado, hasta conseguir una pequeña ventanita… En aquel momento, el papel recortado ocupaba de nuevo su lugar en la pared, pero las yemas de mis dedos notaron los suavísimos bordes allí donde había sido cortado…

McDougall y mis compañeros se acercaron al hacerles yo una seña…, y no necesitaron más explicaciones. Con una uña arranqué el pequeñísimo rectángulo de papel… y me quedé mirando hoscamente la pared. No había ningún agujero detrás del desperfecto en el empapelado. Pero, asaltado por una súbita idea, continué arrancando papel, hasta que fue apareciendo más trozo de pared… de diferente color al que se había visto al arrancar el rectángulo de papel. El trozo de pared de diferente color tenía, aproximadamente, el tamaño de un encendedor corriente. Nos miramos todos, alentados por este último descubrimiento.

Saqué mi bolígrafo, lo coloqué en el centro del parche de diferente color y apreté con fuerza. En efecto: todavía estaba blando… El yeso cedió hacia el otro lado de la pared y se oyó tenuemente el golpe al caer en el piso del apartamento vecino.

Y al instante, una aguda exclamación de sobresalto, también en el apartamento vecino.

Pero más aún gritó McDougall, dando órdenes a mis dos compañeros, que se precipitaron hacia la puerta, pistola en mano, seguidos por el inspector. Yo miré por el agujero y pude ver todavía a una hermosa muchacha rubia, corriendo hacia la puerta, Pero apenas había llegado a ella, se oían ya los golpes de mis compañeros… La muchacha rubia dio media vuelta y corrió hacia la terraza. La vi salir a ésta y, al instante, el crujido de la puerta del otro apartamento, al ser arrancada por los hombros de mis compañeros, sin contemplaciones.

Corrí yo también hacia el apartamento vecino. Cuando entré, McDougall y los dos agentes empezaban a repartirse por el apartamento.

—¡Está en la terraza! —grité—. ¡Es una mujer!

Corrimos todos hacia allí, pero pronto frenamos la marcha… Una mujer capaz de asesinar a dos hombres para que parezca que se han matado entre sí tiene que ser peligrosa en verdad.

Sólo que en la terraza no había nadie. Sin vacilar, salí a ella, antes que los demás. Miré a ambos lados y, efectivamente, a mi izquierda vi a la muchacha deslizándose por la cornisa, a doce pisos del asfalto de la Cuarta Avenida.

Ella volvió la cabeza hacia mi y se quedó mirándome con los ojos muy abiertos. Ante ella, la noche se extendía llena de estrellas. Abajo, a doce pisos, el durísimo asfalto.

—No sea loca… —mascullé—. Venga aquí.

Ella no contestó. Los demás salieron a la terraza, guardando sus armas. Ella nos miraba con expresión desorbitada, plena de espanto. Sus cabellos se movían al airecillo todavía fresco de la primavera.

—Se va a matar… —aseguré con toda lógica—. Uno de mis compañeros va a ir al otro apartamento, de modo que no va a poder escapar, aunque llegue allí. Vuelva aquí.

—No… no fui yo… ¡No los maté yo!

—De acuerdo: usted no lo hizo. Ahora, vuelva aquí. Despacio.

Ella no se movió. Pero, en efecto, uno de mis compañeros había salido de aquel apartamento a toda prisa, y apenas un minuto después lo veíamos en la otra terraza, acompañado de un asustado matrimonio muy joven. La chica de la cornisa también lo vio y

comenzó a temblar fuertemente.

—No fui yo… ¡No fui yo!

—La creemos.

—Fue…, fue Hardale… ¡El los mató! Engañó al federal…

—Eso ya lo sabinos. ¿Quiere que la ayude?

Ella movió negativamente la cabeza. Poco a poco regresó a la terraza, hasta que pude cogerla de un brazo para ayudarla a saltar, ya a salvo. Hubo un colectivo suspiro de alivio. La llevamos adentro y McDougall encontró *whisky* en el pequeño mueble bar. Le sirvió una dosis tremenda a la muchacha, que, en verdad, la necesitaba.

—Fue Hardale… ¡Les juro que fue él! —exclamó al fin, ya más calmada.

—De acuerdo —convino McDougall—. Ahora dígame quién es Hardale.

—Es… es el hombre de confianza de Gordon Picket para… para estas cosas…

—Ah… ¿Y quién es Gordon Picket?

—El jefe…, el jefe de todo… Gordon Picket mandó a Hardale que matase a Zachary Bowell, porque estaba en tratos con un agente del FBI. Yo… yo sólo hice lo de las fotografías… Alquilé hace pocos días este apartamento, instalé la microcámara en el agujero que hice cuando Bowell no estaba en su apartamento… Yo sólo tomé fotografías y las monté luego como me ordenaron. Soy… soy fotógrafo profesional…

—Cálmese. Buscaremos a Hardale, y él tendrá que confesar. Ya sabemos que mató a cada uno con la pistola del otro y dejó el microfilme en un bolsillo de Bowell… ¿No es eso?

—Sí, sí… ¡El les mató!

—Le encontraremos. Diga: ¿qué ha querido dar a entender con eso de que Gordon Picket es el jefe?

—El…, él es quien dirige todos los negocios en el estado de Nueva York… Es el verdadero jefe. Zachary Bowell era solamente uno de sus lugartenientes… Picket vive en Long Island, en una quinta. Es un millonario que tiene muchos negocios…

Uno de mis compañeros lanzó un silbido. El otro estaba mirando atónito a la muchacha. El inspector McDougall me miró y de pronto me puso una mano en el hombro.

—Tim: éste ha sido un magnífico trabajo. Ibamos a por un pez

pequeño, al parecer. Y vamos a atrapar al grande.

—Cuando le atrape, señor —musité roncamente—, dígale que fue Roy Durham, agente especial de FBI, quien le puso en la picota. Es lo menos que podemos hacer por Roy.

—Y ojalá nos haya perdonado por haber dudado de él…

30 AGOSTO 1965

Por esta fecha, yo estaba en Atlanta, Georgia. Siempre he pensado que un hombre debe ser como un barco… Un barco sin ancla, se entiende. Con los hombres, a fin de cuentas, ocurre lo mismo que con los barcos: si no navegan, se pudren. Lo peor que le puede ocurrir a un barco (o a un hombre, claro), es quedar surto definitivamente en un puerto. El mundo es demasiado grande para plantar un árbol en cualquier sitio y esperar a que dé sombra.

Bueno, yo estoy hablando por mí mismo, claro. Cada cual tiene su propia visión de la vida. Sé que algunas estupendas personas de las muchas que he conocido, se quedan para siempre en un sitio y son útiles a sus semejantes, de mil maneras. La cuestión, de un modo u otro, es eso: ser útil a nuestros semejantes. Y al decir «útil», no me refiero a darles fuego a su cigarrillo o dejarles cinco dólares para que vayan a ver en primera fila un apasionante partido de *baseball*. Ser útil es algo más que todo eso. Ser útil es…

Ustedes ya saben, claro, que el FBI es antirracista. Eso quiere decir que no tiene prejuicios contra la gente «de color», sea cual sea este color. Un ejemplo: en el FBI tenemos agentes negros… De veras. No es broma. Creo que, actualmente, cuando estoy describiendo esto, hay alrededor de sesenta. Ya sé que son pocos, ya… Pero eso no es culpa del color, sino de que para ser agente del FBI hay que tener muchas narices, sean del color que sean. En suma, estoy diciendo que a mí me importa lo mismo un negro que un blanco o un colorado, pongo por caso. Soy agente especial del FBI, y eso lo dice todo…

Me estoy haciendo un lío, ya lo sé. De modo que, como decía antes, iré directo al grano.

Así que, en primer lugar, hablaremos de un blanco, un hombre

blanco llamado Perry Colman. Sí…, Perry Colman. Este Perry era un tipo curioso. Yo me he preguntado muchas veces cómo fue posible que un agente del FBI, pulcro, sobrio, casi abstemio como era yo, se hiciese amigo de él, de Perry Colman. Le conocí una noche, en un *snack* de Atlanta, donde yo había entrado para tomar un bocadillo y una taza de café. Tengo que decir la verdad, ¿no es cierto? Pues aquí va: estaba más que harto del Laboratorio.

Ustedes ya saben lo que es un laboratorio del FBI. Un sitio donde se sabe todo o se descubre todo. Voy a poner un ejemplo: si al laboratorio traen el chupete de un niño, allá lo desciframos todos. Analizamos el chupete, muy seriamente, eso sí, y al final llegamos a una larga serie de conclusiones. Podemos saber si el niño tiene ya dientes, si le crían a pecho natural de su mama (cosa poco corriente), o si toma productos lácteos preparados, o papillas de cualquier clase. Adivinamos poco menos que al día su edad, su estado de desarrollo, el proceso adelantado o retrasado de su dentición, si el niño es feliz o no, si es negro, blanco, amarillo o de cualquier otro color. Podemos saber también si el pobre está enfermito de algo, si está fuerte o débil, si duerme mucho o poco, si es rubio o moreno… Incluso, por pequeños datos ultrasecretos, podemos saber si es niño o niña. En fin, que un laboratorio del FBI es algo muy repugnante. Si usted consigue entrar en uno de ellos (cosa que dudo), y se deja su cigarrillo, puede estar seguro de que un día más tarde, usted ha sido analizado de pies a cabeza, y sabemos de la A a la Z sobre su persona…

Oh, vamos, sigo divagando… Volvamos a mi amigo Perry Colman. Un tipo curioso… Ya sé que esto lo he dicho antes, ya sé. Muy curioso, demonios.

Yo estaba aquel día masticando muy correctamente mi bocadillo cuando él se sentó a mi lado. Al decir «aquel día», me refiero a éste, o sea,
30-VIII-65.
Bueno, pues yo estaba allí, la mar de tranquilo, mirando la televisión. Un combate de boxeo, no recuerdo de dónde lo transmitían.

Perry se sentó a mi lado, y como yo no me diera cuenta de su presencia, acabó por darme un tironcito de la manga. Le miré, sorprendido, y entonces él me mostró toda una serie de dientes

amarillentos, en algo que luego supe que era una sonrisa.

—Hola, chico —me dijo.

Yo estaba a punto de cumplir los treinta y un años, pero aceptó eso de «chico». A veces soy bastante amable.

—Hola, vejestorio —sonreí también.

Esto le gustó a Perry. Le hizo gracia. Era un tipo simpático.

—¿Cómo va el combate? —me preguntó.

—Mal. Ninguno de los dos sabe pegar en serio.

—Oh, sí saben… —dijo él—. ¡Ya lo creo que saben! Pero el tongo es algo muy serio… ¿Estás bebiendo café?

—Café, sí.

—¿Y no te da asco?

—Hombre, pues… Caramba, no.

Hizo una mueca como si estuviese tragando algo parecido a veneno.

—Yo me moriría si bebiese café —aseguró—. En cambio, un buen trago de *whisky*… ¿Te gusta el *whisky*, chico?

—Bastante. Pero casi nunca lo bebo.

—¿Por qué? ¿No te deja tu esposa?

—Soy soltero —dije yo, orgullosamente.

—¿De veras? —exclamó Perry—. ¡Vaya un tío con suerte!

—Psé… Astuto que es uno, vejestorio.

—Oye… —Se inclinó confidencialmente—. Puesto que eres soltero, te deben sobrar siempre algunos dólares, ¿no?

—Algunos, sí.

—Te diré un buen modo de invertirlos. Supongamos que tú vas por la calle y encuentras a una persona muriéndose de hambre… ¿Qué harías?

—Supongo que le daría algo para comer —aseguré, muy sensato.

—¿Y si se está muriendo de sed?

—Pues le daría algo de beber, claro.

—¿Qué le darías?

—Agua… ¿No?

—¡No! —aulló—. ¡No se le debe dar agua a un moribundo por sed! ¡Se le debe dar *whisky*! ¡*Whisky* del más malo, del más fuerte, del más rompetripas…! Hijo mío —gimió—: ¡me estoy muriendo de sed! Y tú tienes cara de buena persona.

Yo hice lo mismo que habría hecho cualquiera: me eché a reír.

Luego convidé a *whisky* a Perry Colman. Y hasta yo bebí un par de tragos. Como resultado final de todo esto, a las doce y media de la noche estábamos los dos delante del edificio donde yo tenía mi apartamento. Yo estaba normal, sereno y tranquilo, porque ustedes ya saben que en el FBI, si bien está autorizado que se beba alcohol en las horas libres, está pésimamente visto que se beba más de la cuenta. Hasta el punto de que más de un agente ha tenido serias dificultades por querer celebrar demasiado alegremente tal o cual acontecimiento de su vida.

Yo he visto gente agradecida a lo largo de mi vida, pero pocas personas lo eran tanto como Perry Colman. El pobre hombre habría dado por mí hasta su último hueso. Cuando nos despedimos pensé que hasta iba a besarme. Pero no… Se fue a no sé dónde era que tenía su cobijo, tieso como el mástil de un barco, a pesar de que había bebido aquella noche más que yo en toda mi vida.

Así era Perry Colman. Y así nos hicimos amigos. Buenos amigos, debo decirlo. De cuando en cuando aparecía en el *snack*, siempre a la misma hora, me saludaba y yo le invitaba a *whisky*. Luego, él me contaba algunos chistes, me exponía su interesante filosofía sobre la vida y la muerte, y se despedía en la puerta de mi apartamento. Llegué a la conclusión de que Perry estaba más que harto de la vida y de la gente, y que había decidido tres cosas. Primera: no trabajar. Segunda: tener los amigos que él expresamente escogiese. Tercera: beber todo cuanto pudiera, según las posibilidades de su bolsillo o las posibilidades de los bolsillos de sus amigos.

Y, según me dijo una noche, yo era su mejor amigo.

5 OCTUBRE 1965

Este día, exactamente a las seis y media de la tarde, tuve una más que sorprendente llamada en el Laboratorio de la Delegación de Atlanta, donde estaba haciendo un pequeño trabajo extra, ya pensando muy seriamente en la conveniencia de largarme de allí. Mi espíritu pedía ya cosas nuevas.

—¿Quién dice que es? —exclamé, asombrado.

—Perry. Solamente Perry… —me dijo mi compañero—. Ha asegurado que te conoce muy bien y que sois grandes amigos.

Esto era cierto. Pero no era menos cierto que yo jamás le había dicho a Perry que trabajaba para el FBI.

—¿Perry? —musité, ya con el teléfono en la mano.

—Chico… ¿Eres tú?

—Claro. Oiga: ¿cómo sabía que yo estoy trabajando aquí?

—Te he… seguido… alguna vez… Sé que eres del FBI o algo así… ¿Puedes venir, chico?

—¿Venir? ¿Adónde, Perry?

—Tú ya sabes… dónde está… el lugar. Es La Pipa de Oro…

—Oh, sí… Hemos bebido juntos ahí varias veces, Perry. Está en la carretera que…

—Escucha… Escucha, chico, yo no… no me encuentro bien… El estómago…, el estómago me está jugando… una mala pasada, pero yo creo…, creo…

—Bebe mucho, Perry. Ya se lo he dicho varias veces.

—No, no… No es eso… Bueno, sí, he bebido, pero no…, no es eso esta vez. Escucha, he robado una botella de ron, y los… ¡Tengo que irme!

Colgó.

Así, por las buenas. A principio de frase, colgó. Me quedé con el

auricular pegado a la oreja, como un tonto, llamándolo dos o tres veces, hasta comprender definitivamente que Perry ya no iba a contestarme.

Colgué yo también y me dije que sería una buena idea ir a La Pipa de Oro.

* * *

Era un parador. Simplemente, un parador, más bien tranquilo y simpático, donde, como he dicho antes, Perry y yo habíamos ido alguna noche a beber un trago (yo) o varios (él) y a charlar de cosas divertidas. Casi siempre hablaba él, poniendo de relieve su gran experiencia sobre lo ingratos, deshonestos y malvados que somos los seres humanos. Perry había sido como una enciclopedia de todas las cosas feas que podía inventar el animal racional llamado hombre.

Y digo *había sido*, porque cuando le encontré ya no era nada. Solamente un cadáver.

Yo había preguntado en el mostrador, en la cocina, había mirado en la cabina telefónica del exterior… Pero donde encontré a Perry fue detrás del parador, tendido de bruces entre unas acacias junto a las cuales había una bonita fuente de surtidor. Casi Perry había tocado el agua a la hora de su muerte. Pensé que quizá había muerto del disgusto por ver tan cerca tanta agua rumorosa y cristalina, pero no…

No.

Había muerto de tres balazos a la espalda. Tres espantosos y terribles boquetes en su espalda, que le habían tirado contra el suelo de tierra como aplastándolo, destrozándolo. Es decir que, en media hora escasa, o sea, el tiempo que había tardado yo en llegar allí desde que él me había llamado a la Delegación, alguien le había invitado a plomo en lugar de invitarle a *whisky*.

La pregunta era inevitable: ¿por qué?

* * *

El porqué no lo pude saber, de momento. Ni siquiera pudieron averiguarlo mis compañeros de acción de la Delegación de Atlanta. Llegaron tres, en un coche, llamados por mí. Con ellos llegó un

coche de la Morgue, en el cual cargaron el cadáver del pobre Perry. Se lo llevaron, naturalmente.

Mis compañeros se dedicaron a hacer preguntas a todos los que estaban en el parador La Pipa de Oro. Pero nadie sabía nada. Tampoco nadie llevaba armas, excepto un caballero que conducía un turismo, y el ayudante del chófer de un camión. Ninguna de tales armas era la que había disparado contra Perry Colman, según deducción de mis compañeros. Y yo sabía que ellos no se equivocaban en cosas de éstas. Ni en otras, generalmente.

En definitiva, nadie sabía nada, ni aparecieron las armas que se habían usado contra Perry. Digo las armas, porque a mí me dio la impresión (y también a mis compañeros) de que habían sido dos las pistolas utilizadas contra Perry.

Como la investigación sobre el terreno no aportó ninguna luz al asunto, la cosa pareció quedar en calma. Pero mis compañeros se repartieron la tarea de vigilar al conductor del turismo y al camión en el que, hacia las diez de la noche, partió el otro hombre armado, esto es, el ayudante del chófer.

Por mi parte, me quedé en el parador, mirando con el ceño más que fruncido el gran camión que a ambos lados mostraba la inscripción:
«Warner's
Liquors». Junto al tal camión había dos hombres, altos y fuertes, de mirada adusta, que contemplaron la marcha de mis compañeros del FBI. Luego volvieron al parador.

Me acerqué a uno de los ventanales que daban a la carretera, y les vi a ambos sentados a una mesa, tomando café. Luego comprendí que iban a salir del parador, y me apresuré a esconderme. Para mi asombro, una vez hubieron subido al camión, los dos se dispusieron a dormir en la gran cabina de mandos, donde había dos literas, una encima de otra. Una mirada a mi reloj me dio pleno conocimiento de la hora: las nueve y veinte minutos de la noche. Una temprana hora para retirarse, a menos que se tenga proyectado madrugar bastante.

Aquel camión de licores, sinceramente, me obsesionó mucho, ya que no podía olvidar las palabras de Perry Colman por teléfono, diciéndome que había robado una botella de ron. Y aquel camión pertenecía a la firma Licores Warner.

Subí a mi coche, lo puse en marcha, y pasé delante del camión estacionado, con gran alarde de ruidos. Quería que aquellos tipos supiesen que yo también me iba… Lo que no quería que supiesen era que tenía mis propias ideas y pensamientos respecto a su camión, o, más concretamente, respecto a la carga. Ciertamente, habían pasado y bien pasado los tiempos de la ley seca, de modo que yo nada podía oponer a aquel camión cargado de licores.

Así que me fui… como una milla y media lejos, hasta que encontré el lugar adecuado para dejar bien escondido mi auto. Detuve el motor, apagué todas las luces, cerré el coche y regresé a pie hasta el parador…, pero cuidando de no ser visto. Cuando llegué junto a las acacias, volví a mirar el reloj. Las diez y cuarto. Y el camión de la Warner's Liquors continuaba en el estacionamiento, poco menos que en sombras. Era de suponer que sus conductores estarían ya durmiendo profundamente. Sin embargo, decidí no arriesgar ni siquiera un pelo. Me senté bajo las acacias, sobre el césped, en un lugar bien oculto, y decidí esperar. Personalmente, no tenía ninguna prisa. Y siempre he sido muy tenaz y desconfiado.

A las dos y media de la madrugada me pareció que era una hora perfecta para echar un vistazo a la carga del camión. Y así lo hice. Me deslicé hasta él, pude encaramarme, alzar la lona… Cajas y cajas de botellas de licor, perfectamente apiladas, férreamente sujetas por cuerdas de plástico. No era probable que ninguna de las cajas pudiera saltar del camión.

Mi idea, no sólo era fija, sino lógica. Si Perry había robado una botella de ron, era más que posible que lo hubiera hecho de aquel camión. Y para ello tenía que haber trepado arriba del todo, en donde las últimas cajas, lógicamente, no tuvieran encima ninguna más que impidiera la retirada de una o varias botellas.

Efectivamente. No sólo era así, claro está, sino que, además, encontré el hueco dejado por la botella que, según yo entendía, Perry Colman había robado. La había robado de aquel camión, parecía que esto estaba bien claro. Pero… ¿alguien mata a una persona porque le haya robado una miserable botella de ron?

Perplejo, disgustado, irritado conmigo mismo, descendí de la gran caja de carga del camión, llevándome una botella, y me alejé

hacia donde había estado escondido hasta entonces. Pasé cerca de la cabina telefónica desde la cual, al parecer, me había llamado Perry Colman… ¿Por qué no me había llamado desde el interior del parador? ¿Porque estaban allí los dos hombres que viajaban en el camión de la
Wamer's
Liquors y podían verle? Estuve tentado de acercarme a la cabina, pero, si hacía tal cosa, sería fácilmente visto por cualquiera de los dos tipos del camión que quizá estuviese despierto. Y entrar en el parador, abierto toda la noche, era todavía más visible. Quizá yo era demasiado desconfiado. Quizá los dos tipos del camión estaban durmiendo a pierna suelta, tan tranquilos…

Quizá.

Pero yo volví a mi puesto de observación, dispuesto a pasar la noche en vela, como un búho. Las ideas daban vueltas y vueltas en mi mente… Estaba seguro de que no podría dormir de todos modos.

* * *

A las siete de la mañana, el camión de la
Warner's
Liquors partió. Estuve vigilando en todo momento. Vi a los dos tipos ir al parador, desayunar rápidamente y subir al camión, que se perdió hacia el norte. Mi primera idea, por supuesto, fue seguirlos, pero pensé que, si iba en busca de mi coche y luego les alcanzaba, ellos me reconocerían. Pero, como de todos modos estaba dispuesto a vigilar a aquel par de tipos y su camión, me fui a la cabina telefónica, llevando en una mano la botella de ron que, como Perry, yo también había robado al camión de la
Warner's
Liquors.

Me puse en contacto con el jefe del la Delegación de Atlanta, el inspector Quarry, y le pedí que si los tres compañeros que la tarde anterior habían intervenido en el asunto del viejo Perry Colman estaban ya libres, le agradecería que vigilasen al camión tal y cual, matrícula tal y cual, y propiedad de la
Warner's
Liquors.

—Parrish, no es posible —me dijo—. Ellos están todavía hacia el

norte. No han podido regresar. Toda la carretera está llena de negros, que se dirigen hacia Atlanta en una de sus marchas de paz, en pro de la integración racial.

—Oh… Entiendo, señor. Bueno, en ese caso, el camión tampoco podrá pasar, supongo.

—Es evidente que no. Parece que hay más de cinco mil negros que vienen hacia la ciudad, silenciosamente, pacíficamente. Pero son muchos, forman una masa enorme… Se calcula que hacia las nueve entrarán en Atlanta.

—Bueno… No sé qué hacer ahora, señor…

—Le sugiero algo: vuelva a la Delegación, a su trabajo. Yo llamaré a Person, McLarry y Godfrey a sus coches, por la radio, y les pasaré los datos de ese camión que le interesa a usted. Lo esperarán, y cuando los negros hayan pasado y el camión siga su camino, ellos podrán encargarse del asunto. Lo que usted me ha dicho es interesante, y no se pasará por alto, téngalo por seguro.

—Lo sé, señor… Bueno, regreso a la Delegación, ¿no es eso?

—Es lo mejor, Parrish.

—Sí, señor. Allá voy.

Colgué de mala gana. Me sentía disgustado y tan decepcionado que, en realidad, era una gran irritación lo que sentía. Estuve caminando hasta llegar a mi coche, oculto en la vegetación de un lado de la carretera. El camión de la
Warner's
Liquors debía llevarme no menos de cinco o seis millas, suponiendo que no hubiese ido más de prisa del ritmo de marcha inicial. Esto es, que estaría acercándose a los cinco mil negros que caminaban hacia la ciudad…

Algo no iba bien en mi cabeza, Yo lo sabía, pero no podía definirlo bien. Entré en el coche y me quedé mirando hoscamente la botella de ron… Muy fuerte tenía que ser aquel ron para haberle hecho daño en las tripas al viejo Perry.

Puse en marcha el coche, salí a la carretera y partí en pos del camión, tozudamente, a toda velocidad. En el asiento contiguo al mío, la botella de ron oscilaba levemente hacia delante y atrás… Creo que la miré con un odio estúpido, quizá culpando a la bebida de la muerte del viejo y simpático Perry. Claro que la bebida la inventaron los propios hombres… De pronto, casi sonreí al pensar

en una bebida que pudiese fastidiar el estómago de Perry Colman, que, según yo mismo había comentado en varias ocasiones con él, parecía forrado de chapa de acero.

Quité la mano derecha del volante, cogí la botella y arranqué el tapón con los dientes, segando la cápsula de estaño que precintaba la botella. Escupí el tapón por mi ventanilla, aflojé la marcha, siempre con la vista al frente, y me coloqué el gollete de la botella en la boca, dispuesto a probar aquel fortísimo licor que le había ocasionado molestias a Perry. Si estaba adulterado, la
Warner's
Liquors iba a pagar muy caro que…

Afortunadamente, ni siquiera una gota de licor entró en mi boca. Apenas mis labios y la lengua lo notaron, lo volví a la botella y me quedé mirándola, intensamente pálido, notando un súbito y terrible frío en todo el cuerpo. Por suerte, mi instinto para conducir era excelente, y el coche continuó por la carretera, en lugar de salirse en busca de los árboles que la flanqueaban.

Me recuperé inmediatamente y, sin vacilar, tiré la botella por la ventanilla derecha, con fuerza, dando aún más gas al coche, que pareció saltar, alejándose como un bólido en plena competición de Saint Louis…

¡Boooommmmm…!

El zambombazo fue tremendo en aquel lado de la carretera donde yo había tirado la botella, que, de continuar en el coche, podía haberme costado la vida. No habrían encontrado de mí ni siquiera el reloj, que era de acero y sumergible.

Pero como ya había dejado bastante atrás la zona de la explosión, el coche sólo dio un ligero bandazo por popa, mientras mirando por el retrovisor, yo veía reventar la tierra en un surtidor de colores mezclados: rojo, negro, marrón, verde de ramas y hojas…

Efectivamente. Ustedes han comprendido ya lo que yo comprendí apenas mi lengua tocó el líquido que contenía la botella. De algo me servía haber estado en un laboratorio del FBI. Sí, desde luego: nitroglicerina.

Y, de pronto, mientras apretaba el pedal de gas a fondo, me di cuenta de que estaba sudando, que las manos casi me resbalaban en el volante. Primero una y luego la otra, las sequé en mi pantalón,

mientras permanecía con la vista fija en el frente. Sabía que si conservaba aquella velocidad, no tardaría ni cinco minutos en avistar el camión de la
Warner's
Liquors, que acudía al encuentro de una manifestación pacífica de cinco mil negros…

Y así fue. Lo vi antes de que hubiesen transcurrido cinco minutos, rodando a una marcha muy convenientemente moderada, por supuesto. No podían exponerse a que por exceso de velocidad alguna botella se rompiese, con lo cual todo el camión habría saltado en pedazos. De modo que su marcha ni siquiera llegaba a las veinticinco millas por hora. Y como la mía era de más de sesenta, era lógico que los hubiese alcanzado tan pronto.

Rodábamos ya bordeando el Chattahoochee River, que nace en Lake Sidney Lanier y desciende hacia Atlanta, pasando por Roswell. Precisamente cerca de Roswell debían estar ya los cinco mil negros, en su tenaz marcha pacífica hacia la capital del estado…

Alcancé el camión, reduje inmediatamente la marcha y, colocándome a su lado izquierdo, comencé a tocar el claxon furiosamente, ladeándome imprudentemente hacia la ventanilla derecha, haciendo señas para que se detuvieran. Creo que grité una cosa muy fea cuando una bala entró por la ventanilla y me estropeó el tapizado del asiento derecho de mi coche. Me enderecé en el acto, sujetando el volante con ambas manos, pues el coche casi se había salido del asfalto, por el lado izquierdo… Y mientras recuperaba el control del auto, oí los impactos de dos balas más en la carrocería.

Volví a dar todo el gas, los dejé atrás en pocos segundos y, trescientas yardas más adelante, detuve en seco el coche, cruzándolo en la carretera de tal modo que el camión no podría pasar…, a menos que se llevase por delante mi coche, en cuyo caso, convenía estar muy lejos de allí, así que corrí hacia la vegetación lateral, hacia el río…, bien firme en mi mano la pistola que, por entonces, acostumbraba llevar en un compartimiento del *tablier*.

Los camioneros fueron en verdad sensatos: no se llevaron mi coche por delante. Frenaron a menos de cinco yardas, y uno de ellos saltó de la cabina, directo hacia mi auto. Comprendí lo que quería hacer: apartarlo de la carretera.

Admito que ésta fue una de las poquísimas veces que le he dado con gusto al gatillo. Fue un disparo frío, sereno, perfecto, sin riesgos de ninguna clase. Mike De Brando, mi maestro especial en Quantico, me había machacado muchas veces que había de saber elegir el momento en que se debe disparar a matar sin vacilación alguna, y que para matar instantáneamente a un hombre hay que acertarle en el corazón o en la cabeza. Mejor, en la cabeza. Y como, además, el corazón del hombre estaba fuera de mi línea de tiro, ya que él corría de lado con respecto a mí, disparé contra la cabeza. Desde luego: sin apuntar, sin molestarme en utilizar el punto de mira y el alza… ¿Para qué? Sabía que la bala iría donde yo quería…

Le dio en la sien cuando estaba apenas a cuatro o cinco pies de mi coche. Dio dos o tres vueltas sobre los pies, como un bailarín girando ágilmente, se estrelló de cara contra la carrocería de mi coche, rebotó y cayó de espaldas. Para entonces, ya estaba muerto.

El otro me estaba disparando desde la cabina, y noté el soplo de dos balas por encima de mi cabeza y los secos restallidos. Lo que no se oía eran los disparos, pues utilizaban silenciador.

Me escondí tan bien, que el camionero comprendió que jamás podría alcanzarme con una bala, y que lo único que iba a conseguir era agotar en vano el cargador. Lo vi salir por el otro lado de la cabina, encaramándose a ella… Desde la cabina trepó al techo de la carga…, y un escalofrío me estremeció fuertemente cuando le vi comenzando a alzar la lona.

Exactamente: lo que el hombre quería hacer era coger una de las botellas de «ron especial», tirármela y… ¡Adiós, Timothy Parrish! Una bala no podría alcanzarme, pero una de aquellas botellas de nitroglicerina no necesitaba tanta precisión o aproximación para terminar radicalmente conmigo.

Así que salí corriendo, emprendiendo fatigosamente la tarea de desandar el camino por la suave pendiente que llevaba al río. El hombre me vio, pero, en lugar de insistir en disparar contra mí, se afanó en alzar la lona. Lo consiguió, le vi hundir la mano en una de las cajas…

Me detuve en seco, contuve la jadeante respiración, alcé la mano derecha y disparé de nuevo.

¡*Pack*!

Vi saltar en pedazos la cabeza del hombre. Cayó de bruces sobre

las cajas, sobre las botellas…, y nada sucedió.

* * *

Cuando, casi una hora más tarde, los cinco mil negros pasaron por allí, el camión estaba bien colocado en un lado de la carretera, de modo que no estorbaba el paso. Delante de él, también ahora bien colocado, mi coche. Detrás del camión dos docenas de autos, que esperaban impacientes proseguir la marcha. Y dentro de la cabina del camión, los cadáveres de los dos hombres, con la cabeza destrozada. Más adelante, supimos que el camión no pertenecía a la firma Warner’s Liquors, pero eso fue todo lo que pudimos averiguar.

Sin embargo, de momento, allá iban cinco mil seres humanos «de color», dispuestos a insistir en la petición de sus derechos, ignorantes de que aquel camión en cuya cúspide yo estaba sentado, había sido fletado para ser lanzado contra ellos, con cincuenta botellas conteniendo nitroglicerina, mezcladas entre la carga de auténtico licor.

Y cuando hubieron pasado, dejando atrás una nube de polvo, se me ocurrió pensar en eso de ser útil al prójimo. Al parecer, el viejo y simpático bebedor empedernido que había sido Perry Colman, también había tenido sus ideas al respecto.

4 ENERO 1966

Por esta fecha, estaba en Tampa, Florida. Ya había dejado atrás la etapa de Laboratorio, y me dedicaba entonces al estudio de las huellas dactilares. Aprendí muchas cosas a este respecto durante el tiempo que estuve en la Delegación de Tampa.

Por ejemplo, que hay algunos policías que deberían estar en la cárcel. Sí, sí, han leído bien: policías que deberían estar en la cárcel. Por lo menos, sé de uno que tuvo que ir a parar a tan antipático lugar.

Se llamaba Martin Steiner, y era comisario en una pequeña población llamada Zephyrhills, a unas veinticinco millas al norte de Tampa. Un día nos envió una huella digital que acusaba a un muchacho de esa localidad como principal sospechoso de haber cometido un crimen en la persona de una linda chica que se había resistido a ser… amada de todo corazón.

No explicaré aquí todos los detalles del caso, porque son sórdidos y, por desgracia, vulgares por su abundancia en todo el país. Me limitaré a decir que el comisario Martin Steiner nos envió la huella encontrada en el lugar del crimen, sobre el mango del bate de béisbol con que se había cometido el crimen.

Martin Steiner dijo que él personalmente había encontrado aquella huella latente en el bate y… ¿Una huella latente? Les explicaré fácilmente qué es eso. Se llama huella latente aquella que ha sido «levantada», obtenida en el propio lugar del crimen; en este caso, sobre el bate empleado para romperle la cabeza a la linda jovencita. Es claro que una huella latente acusa de modo irrefutable a su propietario, sobre la base archisabida de que no existen en todo el mundo dos huellas digitales iguales.

Pues bien, yo recibí esa huella del sospechoso, fui encargado del

asunto. Tras comprobar que no la teníamos en nuestro archivo de Tampa, la envié a Washington por medio del *Speedphoto Transceiver*. Este aparato, Velofoto Transceptor, envía las huellas digitales por radio, exactamente igual que una fotografía importante es enviada a todos los países del mundo por el sistema llamado de telefoto. Decía que envié la foto de la huella digital a Washington. Y allá sí identificaron dicha huella. Correspondía a un muchacho llamado Ralph Crawles, que había prestado servicio en la U.
S. Navy,
y, por tanto, estaba catalogado en nuestros archivos centrales. Les fue fácil encontrarla en tales archivos, por medio del sistema de letras y números con que se definen las diversas curvas papilares de los dedos. Se cuentan las curvas ascendentes, las que se desvían a la derecha o izquierda, las que bajan, las circulares, las elípticas… En fin, que no hay posibilidad de error, y resulta fácil buscar la ficha archivada por el sistema de letras y números. Por ejemplo, una huella digital puede archivarse así:

15 M 9 R
000 18
L 19 W 000

En cuyo caso, se busca en el fichero 15, donde se localiza el apartado M, se sigue por el número 9, se localiza la letra R… Éste es el sistema. Y da muy buenos resultados. Ah, por cierto: la ficha que pongo como ejemplo, corresponde ni más ni menos que a nuestro ex presidente Eisenhower.

Total, que la huella encontrada en el bate de béisbol correspondía, efectivamente, al muchacho llamado Ralph Crawles, que era el sospechoso de asesinato. Así pues, las pruebas eran abrumadoras contra él, teniendo en cuenta que, además, había sido novio de la muchacha, o algo parecido.

Pero, como yo estaba en Huellas, precisamente para aprender, la cosa no quedó así. Soy muy minucioso, casi pesado, tenaz… Un cabezota, vamos. Me llegué personalmente a Zephyrhills para entregar el informe al comisario Steiner, estuve charlando con él, vi al muchacho que había sido marino, conversé también con él…, y

volví a Tampa. Me dirigí directamente a la Sección Huellas, busqué la que me había enviado Martin Steiner diciendo que era una «huella latente» encontrada en el bate de béisbol, recurrí al amplificador de imágenes y me olvidé del mundo que me rodeaba, estudiándolo todo detalle por detalle.

Conclusión a la que llegué: aquélla no era una huella latente. No, señor. Se lo dije a mi jefe, fuimos a toda velocidad a Zephyrhills, nos encerramos con Martin Steiner, el comisario, le apretamos las clavijas en serio y, finalmente, el hombre confesó la verdad. Hela aquí: había tomado las huellas dactilares del muchacho llamado Ralph Crawles, al detenerlo, imprimiéndolas con tinta especial en su ficha dactiloscópica de sospechoso. Luego, había «fotografiado» aquella huella en la ficha dactiloscópica, y nos la había enviado como huella latente, diciendo que la había levantado, tomado él mismo del bate de béisbol, a fin de que el muchacho fuese acusado y condenado por el homicidio de la bella jovencita.

¿Motivos? Muy feos y sucios: fue él quien, aquella noche, estuvo en la casita de la muchacha, la encontró sola, y como siempre le había gustado, quiso forzarla. Ella se defendió, él se enfureció, cogió el bate del béisbol y… ¡zas!

Desde luego, el comisario Martin Steiner tiene todavía para un montón de años entre rejas…, pero en el infierno, claro.

17 MAYO 1966

En esta fecha intervine con Clarence Hadaway, el mejor hombre jamás habido en el FBI, en una redada antiespías. Oh, sí, ciertamente, ya había dejado el asunto de Huellas, había estado incluso dos meses en Balística, en la Delegación de Nueva Orleáns, donde también aprendí lo suficiente para dedicarme en seguida a otra cosa. En realidad, yo empezaba a ser considerado ya como un magnífico agente de acción. Y lo digo muy satisfecho, sin falsa modestia.

Estaba destinado entonces en la Delegación de Jacksonville, y allá se presentó, como decía, ni más ni menos que Clarence Hadaway, el fenómeno número uno jamás igualado por nadie del FBI. (Y, por tanto, jamás igualado por ningún otro espía en el mundo entero).

Hadaway llegó diciendo que dos de sus ayudantes directos le habían llamado por radio, notificándole que un grupo de tres hombres-rana habían sido vistos en las proximidades de Cabo Kennedy, y que se temía que, efectivamente, hubieran tomado cientos de fotografías con luz infrarroja de cierto lanzamiento de esa base espacial. Por supuesto, las intenciones de esos hombres-rana no debían ser buenas o, al menos, convenientes para Estados Unidos. Se temía que, más que interesarse por el sistema de lanzamiento de la NASA, se estuviesen fotografiando sus instalaciones desde el mar a fin de preparar un sabotaje en grandísima escala contra la base de Cabo Kennedy.

En definitiva, los tres hombres-rana navegaban en aquel momento hacia Jacksonville, y se suponía que su lugar de desembarco sería posiblemente San Agustín.

Jacksonville, o un punto de la costa comprendida entre ambas

poblaciones. Desde luego, los «ranas» no volverían para atrás, porque los dos hombres directamente asignados a Hadaway los venían siguiendo en otra lancha. Así pues, y puesto que inevitablemente serían alcanzados, los «ranas» debían tomar una decisión: desembarcar. Y el mejor punto para ellos era, precisamente, la zona indicada, entre San Agustín y Jacksonville.

Hadaway recurrió a todos los hombres disponibles de la Delegación de Jacksonville, así como a los que habían llegado con él, en vuelo directo y especial. En menos de una hora, catorce patrullas de dos agentes especiales quedaron instaladas en la franja costera indicada. Lugar arenoso, deshabitado y de fácil acceso. No hay vida allá; solamente la Nacional A1 A pasa cerca de la playa…

Yo iba con un muchachote de malas pulgas llamado Abel Flint, que llevaba ya seis años en el FBI, o sea que me daba vuelta y media. De él, y de lo ocurrido este día, aprendí que el espionaje es una cosa demasiado seria para andarse con miramientos.

A las dos y pico de la madrugada, apareció una lancha, acercándose velozmente a la zona de playa que patrullábamos Abel y yo. La vimos perfectamente, a la luz de la luna. Calculamos su trayectoria y supimos que iba a encallar en la arena poco menos que ante nuestras narices.

Abel me hizo señas para que me tendiera en la arena, muy cerca de la playa, y él lo hizo primero, sacando su pistola. Le imité, fijos mis ojos en la lancha que llegaba. Ni siquiera habíamos hecho la señal con la linterna, hacia el Norte y el Sur, pues los «ranas» la habrían visto, tan cerca de nosotros aparecieron de pronto.

La lancha llegó a la orilla del mar, quedó encallada en la arena y, durante casi un tenso minuto, las tres sombras negras que yo distinguía perfectamente a bordo, permanecieron inmóviles, como estudiando el terreno. Por fin, uno de ellos saltó al agua, llevando en las manos un fusil de aire comprimido, con su correspondiente arpón para pesca submarina. Caminó unos pasos, estuvo vigilando unos segundos más y se volvió, haciendo una seña a sus compañeros, para que desembarcaran.

—Dispárale tú a ése ahora —musitó Abel.

—¿Disparar? Pero, Abel, él no…

El viento cambió de pronto de dirección y mi voz debió llegar hasta el hombre-rana, que se volvió velozmente hacia nosotros,

alzando su fusil con el arpón listo para ser disparado, gritando.

Abel se puso de rodillas de un salto, disparando ya hacia los dos que acababan de saltar de la lancha. Oí sus gritos, al recibir los balazos…, y demasiado tarde, me di cuenta de que el que estaba en la arena era el más peligroso. Demasiado tarde comprendí que Abel ya sabía que aquellos hombres no iban a rendirse, y que por eso me había dicho que disparase. Más adelante, me recalcó, me aclaró todavía, que no había querido que lo matase, sino herirlo, inutilizarlo, para poder atraparlos con vida. El sabía que si había pelea, no habría heridos, sino muertos y supervivientes…

Demasiado tarde.

Apreté el gatillo da mi pistola, segurísimo de mi puntería. Podía estarlo, tenía muy buenos motivos. Y, ciertamente, luego supe que de aquel único disparo maté al hombre que me había sido asignado. También supe que los otros dos se habían resistido, aun estando heridos, y que Abel no tuvo más remedio que defender su vida matando… Fue encontrada una potentísima cámara fotográfica, con tomavistas, dotada de luz infrarroja, esto es, capaz de tomar clarísimas fotografías en la oscuridad. Y una vez reveladas las fotografías, hubo que reconocer la magnífica labor de aquellos tres hombres que cayeron muertos en una solitaria playa de arenas casi blancas… Lo que no se supo de ellos fue su nacionalidad, ni ninguna otra cosa. Ni siquiera llevaban documentación personal, y la lancha había sido comprada nada menos que dos meses antes en Miami Beach.

Decía que demasiado tarde.

En efecto.

Al mismo tiempo que mi bala daba en pleno corazón del hombre-rana, el arpón salía silbando hacia mí… Noté el fortísimo golpe en el pecho, caí de espaldas…, y todo lo que recuerdo es la voz de Abel Flint, llamándome, mientras me colocaba cuidadosamente de lado sobre la arena. También vi la luz de su linterna, lanzando destellos hacia todas partes…

Eso es todo.

Pero aquel arponazo me tuvo casi un mes en un hospital, dos meses convaleciendo en el campo, pescando truchas, y tres meses dedicado a mi recuperación física. Me había quedado seco y delgado como un cordón de zapato, y no mucho más fuerte, ésa es

la verdad. Los médicos del FBI decían cosas asombrosas de mí, por haber sobrevivido a aquel arponazo, y los compañeros empezaron a llamarme *Siete Vidas* Parrish. Aparecí en *The Investigator*, nuestra revista interna que nos pone a todos al corriente de las novedades y sucesos interesantes que ocurren en el seno del FBI…, siempre que no sean secretos, claro, ya que la revista puede caer en manos de otras personas. El FBI no facilita ningún ejemplar de *The Investigator* a los particulares, pero hay que admitir que una revista es cosa fácil de perder u olvidar.

Con todo, el más asombrado de estar vivo era yo mismo. Parecía un bonachón fantasma delgaducho dedicado a la pesca de truchas primero y a una gimnasia de recuperación después. Una recuperación que fue total, afortunadamente. Pero, como todavía se consideraba que yo era delicado como un cristal, en la Delegación de Jacksonville se me asignaron trabajos de muchacho bien educado, sin complicaciones mentales y físicas. Todos me querían mucho, y durante unos meses lo acepté,' comprendiendo que la intención era buena, inmejorable. Pero yo tenía la impresión de que me trataban como a un ancianito que de un momento a otro puede desencuadernarse, y empecé a encontrar un poco violenta la situación, pues volvía a ser el atlético agente especial que saliera de Quantico casi dos años antes.

Tuve una suerte loca… Bueno, según como se mire. De momento, diré que tuve una suerte loca, porque conseguí ser enviado, por fin, a la Delegación que había sido mi objetivo desde el primer momento, y a la cual, por conveniencias del servicio, aún no había podido ir… Esta Delegación fue la de Miami.

30 MARZO 1967

Nada más llegar a Miami, comprendí que la vida allí iba a ser Jauja. Ya sé que hasta ahora no he hablado aquí de mi vida en contacto con el sexo opuesto, pero no es porque las chicas no me gusten, no… Soy un hombre normal, sin desviaciones.

Pero es que, hasta entonces, ninguna había valido la pena. Si que había conocido chicas, claro, pero… Bueno, lo primero que hice al llegar a Miami fue presentarme en la Delegación. Allá conocí a Tony Leopard, el agente de cabellos rojos y ojos color pimiento verde. ¡Qué tío más simpático el tal Leopard! En mi vida he conocido otro igual, lo juro. Alto, atlético, fuerte, simpático, millonario… Tenía dos autos, una quinta en Miami Beach, un yate, una lancha… Y teniendo todo esto, se dedicaba alegremente a jugarse el pellejo trabajando en el FBI. Era, sin duda, el mejor agente de toda la zona, y pronto comprendí que hasta los ratones de los archivos (si es que los había, cosa que no creo) querían de un modo tremendo a Leopard. Incluso lo quería el inspector Gordon, jefe de la Delegación… Lo quería a pesar de que Tony parecía tomarse a broma su jefatura y su mal genio… Tardé casi un mes para comprender que Tony no se tomaba a broma la jefatura de Gordon, y que éste no tenía mal genio auténtico, sino que se divertía a su manera con Tony Leopard, que le había resuelto un montón de casos de esos que, normalmente, se archivan…

Pues eso. Lo primero que hice fue ir a la Delegación, presentarme, ser admitido allá definitivamente, y recibir un par de días de permiso para que me instalase. Es decir, que como este día era viernes, pude disponer del fin de semana para instalarme.

Tony me hubiese acompañado, pero el inspector Gordon tenía algo para él, de modo que mi fenomenal compañero tuvo que

limitarse a darme la dirección del edificio de apartamentos donde estaría estupendamente y por «no demasiado dinero». Es claro que Tony Leopard que dijo esto, yo todavía ignoraba que él era millonario, y, por tanto, la relatividad del dinero respecto a quien hable de él.

El edificio en cuestión estaba en Miami Shores, en la North East 13 th Avenue, y se llamaba Crystal Sea Apartments… Bonito nombre: Apartamentos Mar de Cristal. Me gustó aquello un horror, apenas verlo. El mar a cuatro pasos, el edificio tenía solamente cuatro pisos, y dos apartamentos por piso, hermosas terrazas, flores, parterres, garaje privado… Tal como me había asegurado Tony Leopard, quedaba libre uno de los apartamentos, el 2 B. Subí a él lo recorrí acompañado del sonriente portero y vigilante y cuidador de todo el edificio y servicios, y me quedé mirando el mar, allí, casi al alcance de mi mano.

—Bien… —Tragué saliva—. ¿Cuánto al mes?

—Veinticinco dólares.

Me quedó estupefacto. ¿Estaba loco aquel simpático tipejo? ¡Aquel apartamento tenía que valer no menos de doscientos cincuenta dólares mensuales…! De pronto, comprendí que se había equivocado e insistí:

—Al mes, no al día.

Lo dije con un poco de mordacidad, pero él no se alteró.

—Veinticinco al mes —repitió.

Lo miré, miré al mar, me rasqué la cabeza, volví a mirar al mar…

—¿Acaso la marea llega hasta aquí? —me interesé.

—No, señor. ¡Claro que no!

—Pues uno de los dos no funciona bien, amigo.

—Todo funciona bien aquí, señor Parrish. Y yo, lo primero. Me gusta ayudar a la gente. ¿A usted no?

Tardé casi cuatro meses en enterarme de que el edificio era propiedad de Tony Leopard, y que los veinticinco dólares al mes eran en concepto de gastos del inmueble.

Cuando me enteré, le dije… No. Todo llegará. Volvamos a lo que he dicho antes de que comprendí que allí la vida iba a ser Jauja.

Ya cerca del anochecer, estaba acabando de colocar mis cosas en el apartamento, cuando oí música en la terraza. Recuerdo

perfectamente que era *Canción de Primavera*, de Mendelsshon, o sea, que, de acuerdo a la fecha, no podía estar más adecuada la música.

Me dije que sería buena idea descansar unos minutos, escuchando la música. Encendí un cigarrillo y salí a la terraza, dispuesto a deleitarme. Y me deleité… ¡Vaya si me deleité! Lo primero que ocurrió fue que el cigarrillo me cayó de la boca, sobre un pie, y me quemó, pues estaba en pantuflas de paja, y, naturalmente, sin calcetines. Pero olvidé la quemadura en seguida.

La música venía de la terraza contigua a la mía, correspondiente al apartamento vecino, el 2 A. Pero no fue la música lo que me deleitó. Allá, sentada en una extensible, echada hacia atrás, con los ojitos cerrados y en pijamita corto y ligerísimo, estaba la muchacha. Durante unos segundos, estuve boquiabierto, incrédulo ante tanta belleza, tanta gracia, tanta exquisitez. Era rubia, de cuerpo esbelto, tostada por el sol hasta parecer de oro. Me dije que ya no se podía ser más bonita, más dulce y fresca, más juvenil, más… más todo. Llevaba melenita corta y sus piececitos seguían el compás de la música, descalzos; en el suelo se veían unas sandalias doradas… Si alguna vez ven esto a la luz del rojo atardecer, vayan corriendo a un cardiólogo.

De pronto, ella volvió la cabeza, abrió los ojos y me miró. ¡Zaaaassss! Su mirada fue como un rayo de color azul que casi me aniquiló. Me dije que, puesto que había sobrevivido a aquella mirada, merecía más que nunca que me llamasen *Siete Vidas* Parrish.

Ella alzó una manita, en simpatiquísimo saludo, y agitó los deditos. Yo tragué saliva, alcé una de mis manazas y agité los dedotes. Luego ella cerró los ojos y continuó escuchando *Canción de Primavera*, mientras yo seguía allí, como un cateto ante un videoteléfono.

Por fin, acabó la música. Ella se incorporó, detuvo el tocadiscos que tenía en el suelo junto a ella y volvió a mirarme.

—Hola… —saludó con voz de ángel—. ¿Usted es el nuevo vecino?

—Sí… ¡Sí!

—Yo me llamo Florence Smith.

—Y yo me llamo Timothy Parrish… Pero los amigos me llaman *Siete Vid*… No. No, no… Los amigos me llaman Tim.

—A mí Florrie. ¿Le gusta la música?

—¡Huy! —exclamé—. ¡Mucho!

—¿Y el *whisky* con soda y hielo?

—También, también… ¡Me gusta todo!

—Entiendo que está usted solo, señor Parrish.

—Pues sí… Solo. Soy huérfano.

Ella se echó a reír y yo estuve seguro de que quien iba a echarse a volar de un momento a otro no era aquella criatura angelical, sino yo, *Siete Vidas* Parrish.

—Yo también estoy sola… —dijo—. Y me gusta tener buenas relaciones con los vecinos.

—Ah… ¿Es usted diplomática?

—¡No! —volvió a reír—. ¿Usted sí?

—Tampoco… Muy bonita la *Canción de Primavera*, ¿verdad?

—Tengo muchos más discos de hermosa música, señor Parrish… ¿Por qué no se pasa a mi terraza y nos haremos compañía mutuamente hasta la hora de la cena?

¿Ustedes han visto esas películas cómicas en las que el personaje se mueve de un lado a otro como si llevase un motor a propulsión en… la espalda? Zis, zas, zis, zas… En un segundo lo tiene todo hecho.

Pues algo así ocurrió. Cuando la señorita Smith vino a darse cuenta, ya estaba yo instalado delante de ella, sentado en otra extensible colocada tan estratégicamente que no podía perderme ni un solo detalle de tanta belleza. Eso sí: tengo que confesar que arranqué dos flores de la valla de separación entre ambas terrazas, que estuve a punto de caer de narices al saltarla, y que casi me senté en el suelo en lugar de hacerlo en la extensible.

Lo arreglé lo mejor que pude. Conservé las narices, conseguí sentarme bien tras un respingo…, y le tendía las dos flores, sonriendo como un memo.

—Señor Parrish…, ¡qué amable es usted! —Ella se las prendió graciosamente entre los rubios cabellos—. ¿Pero no le parece que las flores se cortan mejor con las manos que con los pies?

—Yo soy así —dije.

—Oh… ¿Siempre utiliza los pies en lugar de las manos?

—No, no… Quiero decir que soy así de torpe y tonto.

Se echó a reír, y yo pensé que alguien estaba tocando el arpa en

mi exclusivo beneficio.

—Lo prometido es deuda —dijo ella—. Así que…

—¿Le he prometido algo?

—Yo a usted, señor Parrish. Le traeré su *whisky* con soda y hielo.

—Mucho hielo… —Indiqué—. Irá bien para apagar el fuego que me está devorando.

Ella volvió a reír, se puso en pie y caminó hacia el interior del apartamento…, seguida por mi maravillada mirada. Aquello era de verdad caminar, y lo demás era solamente gastar zapatos. Quiero decir que ella sabía caminar, y que otras mujeres todo lo que hacen es gastar zapatos. Tenía la cinturita delgadísima, con unas curvas de entrada y las naturales de salida que parecía imposible ¡Y qué pijamita tan delicioso…!

En fin, que poco después estaba yo saboreando el mejor *whisky* con hielo y soda que he bebido en mi vida.

—¿Está usted a gusto, señor Parrish?

—No… Quiero decir que eso es poco. Estoy tremendo.

—Ah. Entiendo que está cómodo, descansado, satisfecho…

—¡Oh, sí! ¡Sí!

—Bien. ¿Qué le gustaría ahora?

Me atraganté con el humo del cigarrillo que estaba encendiendo. Comencé a toser, mientras me preguntaba si sería correcto decirle a la señorita Smith lo que yo quería en aquel momento.

—Bu… bu… bueno, yo…

—Me refiero a la música, señor Parrish. ¿Qué le gustaría oír?

—¡Ah, la música…! Oh, la música… Claro, la música La música, dice usted…

—Pues sí —volvió a reír ella—: digo la música. ¿Qué cosa había pensado usted?

—No es apto para mayores.

—Querrá usted decir que no es apto para menores.

—No, no… Lo he dicho bien: no es apto para mayores. Resulta que si a un niño le digo lo que yo había pensado, no lo entendería…, espero. En cambio, una persona mayor lo entendería perfectamente. Por eso digo que no es apto para mayores.

—Creo que le entiendo. ¿Llega la Princesa?

Me incorporé vivamente.

—¿Qué princesa llega? —exclamé.

—Le pregunto si le gustaría escuchar *Mercado persa*, con su deliciosa parte llamada *Llega la Princesa.*

—Oh, sí… Esa musiquilla que hace tin, tin, tin, tin-tin-tin.

—¡Algo así! —rió ella una vez más.

—Bueno… Oiga, señorita Smith: ¿le gustaría cenar conmigo?

—Sí.

—¡Bien! ¡Podríamos…!

—Me gustaría, señor Parrish, pero no puedo. Tengo que madrugar mucho mañana.

—¿Mañana? Pero mañana es sábado…

—En efecto. Y los aviones también vuelan en sábado.

—¿Los… aviones? ¡Ya está! ¡Usted es azafata!

—No acierta usted ni una, señor Parrish. Mañana, a las ocho, salgo para Europa. Para París, concretamente. Soy representante aquí de una firma francesa, y debo pasar una temporada en Francia, para ponerme al corriente del mercado. Le aseguro que preferiría quedarme, pero no tengo más remedio que ir… Por eso he salido esta noche a la terraza, a oír música. Quiero despedirme de este lugar hasta dentro de tres largos meses. ¿Comprende usted?

Yo comprendía perfectamente. Siempre me he reído de esa frase hecha que dice: «Le cayó como un jarro de agua fría», pero desde este día no volví a reírme. Me quedé helado, decepcionado, desilusionado hasta el punto de que el *whisky* me pareció repugnante, feas las flores de las terrazas y odiosos los aviones.

—Si, comprendo… —musité—. Cada uno tiene que hacer su trabajo.

—Así es. ¿A qué se dedica usted, señor Parrish?

—¿Yo? A estar triste.

—Le pondré una música alegre, entonces. Oh, precisa mente estará muy bien *Mercado persa*… ¿No cree?

—Sí… Espero que tengan pepinillos agridulces.

—¿Cómo?

—En el mercado persa. Espero que tengan pepinillos agridulces. A ser posible, de Hungría. Me gustan un horror.

Ella sonrió, mirándome fijamente. Luego tuve que escuchar eso de tin, tin, tin, tin-tin-tin…

Nos despedimos casi dos horas más tarde. Ella me tendió la manita, tan pequeñita y fresca… Y cuando la solté, pensé que era

como dejar libre al más hermoso pájaro que había visto en mi vida.

Y hablando de pájaros…

23 JUNIO 1967

—¿Me ha mandado llamar, señor?

El inspector Gordon alzó la cabeza.

—Hola, Tim. Sí… Pasa, por favor.

Entré en su despacho, él me enseñó un sillón y me senté. Me ofreció un cigarrillo.

—¿Qué sabemos de Tony? —pregunté.

—Oh, él está bien, supongo.

—¿Supone? —Casi me alarmé.

—Digamos que estoy casi seguro. Solamente fue a Nassau, a disgregar un pequeño grupo de espionaje que, según parece, está trabajando para los chinos.

—Ah… Si solamente fue eso… —dije yo irónicamente.

El me miró no menos irónicamente.

—¿Estás preocupado por Tony?

—Psé.

—Tranquilízate. El cumplirá su trabajo y regresará sano y salvo. Todavía no conoces bien al «simpático» Tony Leopard. Pero hablemos del motivo de mi llamada. Tendrás que ir a esta dirección, Tim.

Me tendió una gran hoja de papel, en la cual solamente había escrita la dirección. La leí y le devolví el papel. La dirección en cuestión era el número 47 de South West 28th Lane, en el distrito de Miami.

—¿Qué ocurre allí, señor?

—¿Conoces el lugar?

—Lo encontraré. Cada día voy necesitando menos el mapa de la ciudad. En los fines de semana me doy paseos por ella, con el auto. He estado ya en todas partes: Miami Beach, Hialeth, Buena Vista…

¿Tiene algo de extraordinario el lugar?

—Pues…, no. No, que sepamos. Sin embargo, allá se están distribuyendo drogas al por menor. Es decir, directamente al consumidor.

—Demonios…

—El chivatazo nos ha llegado dando vueltas y más vueltas. Y empezamos a creer que nos han gastado una broma o algo parecido. Bueno, no así exactamente. Verás lo que ocurre: llega allá un tipo, entra en la casa, sale a los pocos minutos y se va, tranquilamente. Sabemos que casi todos ellos salen con drogas. Ahora bien, en ese edificio, de un solo piso y terraza en lo alto, hay solamente dos pequeños apartamentos. En uno de ellos vive un viejo más o menos chiflado, que se dedica a la cría de palomas… Tiene una gran jaula en el tejado, con más de dos docenas de palomas. En el otro apartamento vive un matrimonio de mediana edad. Pues bien: nos hemos dedicado a vigilar a esas tres personas y ninguna de ellas tiene contactos con nadie, ni recibe paquete de ninguna clase por mensajeros o por correo.

—Ah… Y entonces, señor, nos estamos preguntando de dónde sacan las drogas los tipos que entran y salen de aquella casa.

—Exactamente. Como bien sabes, no tiene importancia que un morfinómano se inyecte un par de veces más antes de ser detenido para que lo pongan en tratamiento. Es decir, sí tiene importancia, pero menos que averiguar quién le sirve la droga. A ése es al que hay que atrapar, ése es nuestro auténtico delincuente.

—Lo entiendo muy bien, señor. Esas tres personas que viven en la casa están vigiladas, claro.

—Claro.

—Y no son ellos quienes distribuyen las drogas.

—Con toda seguridad, Tim.

—Ni nadie se acerca a esa casa, con paquetes, o sobres, o…

—Nadie. Y no creemos que exista allí un almacén de drogas donde los viciosos puedan ir a recogerlas tranquilamente.

—¿Van muchos morfinómanos a esa casa?

—Bueno, llevamos tres días vigilándola, y han entrado y salido ya veintidós.

—Caramba… ¿Y salían con drogas?

—Varios de ellos, además de ser fotografiados e identificados

como todos los demás, fueron seguidos. Y en dos casos, uno de tus compañeros les vio incluso inyectarse, en un callejón, desesperados ya.

—Bueno, señor, qué demonios… Es evidente que en uno de esos dos apartamentos hay un depósito de drogas. Sólo hay que entrar en los apartamentos, buscarlo…

—Ya entraron en los apartamentos, cuando no había nadie en ellos, Tim. Y no encontraron nada. Además, aun no habiendo nadie en ninguno de los dos apartamentos, los viciosos seguían entrando y saliendo del edificio.

—Quizá tengan llave de uno de los apartamentos… No, ¿verdad?

—No lo creemos, Tim.

—Caramba… —volví a musitar, rascándome la coronilla—. Esto debe tener una explicación, de todas formas, ¿no, señor?

El inspector Gordon sonrió amablemente.

—¿Por qué no la buscas tú, Tim?

* * *

Efectivamente, era una casa de un solo piso, con dos apartamentos nada más. Y una bonita azotea pintada de blanco y rojo. Asombroso, porque el edificio era más bien viejo y casi diría que tambaleante. Estaba frente al trazado urbano del Florida East Coast Railway, que discurría a su vez paralelo a la Nacional 1 o Dixie Highway, al otro lado de la vía. También estaba cerca de un muy cívico lugar: el Boys Club of Miami. Cada pocos minutos, un tren pasaba por delante de la casa, en un sentido u otro.

Conversé con dos de mis compañeros, encargados de la vigilancia. Estaban dentro del coche, sin perder de vista el edificio, y uno de ellos tenía una potente cámara fotográfica con teleobjetivo, con la cual conseguía las imágenes de todas las personas que entrasen y saliesen del número 47 de South West 28th Lane.

—¿Todo sigue igual? —pregunté.

—Todo. Deberíamos dejarnos de tonterías y hacer un registro en toda regla en esos apartamentos, Tim. En estas circunstancias comprende que no podemos conseguir gran cosa. ¿Qué esperamos?

—Cazar al almacenista, no al simple distribuidor. Oh, vamos.

Tad, no seas impaciente. Tú sabes que es más importante la persona que tiene las drogas que quien las consume. Además, para actuar directamente y a rajatabla, siempre estamos a tiempo.

—Ya lo sé… —Gruñó mi compañero—. Pero no me gusta trabajar con tantas limitaciones.

—Estoy de acuerdo contigo. Así que… atacaremos un poco más fuerte. ¿Están en sus apartamentos los inquilinos?

—El matrimonio, sí. El viejo de las palomas salió hace media hora. Seguramente, a cenar y beber un poco… Ashley se encarga siempre de él; lo debe estar vigilando ahora.

—¿Tenéis la radio de bolsillo?

—Claro.

—Espléndido. Voy a subir al apartamento de ese viejo. Si él regresa, avisadme por la radio. ¡Okay!

—No encontrarás nada.

—Lo intentaré.

—Hay otro peligro, Tim: precisamente a estas horas es cuando vienen los «clientes».

—Estaré alerta, Y vosotros no dejéis de avisarme si regresa ese viejo.

—Está bien.

Salí del coche, fui a la casa y entré. Vi el nombre del viejo en el buzón para correspondencia, apenas una ranura en la puerta: Sam Rourke. Naturalmente, abrí la puerta con la ganzúa que ya llevaba con vistas a mis proyectos. Entré, cerré la puerta y, a la escasa luz del día que todavía quedaba, localicé inmediatamente la ventana que daba a la calle; la cerré y entonces di la luz.

Bueno… No se podía vivir más modestamente, de veras. El apartamento tenía un diminuto *living-hall*, en el cual me encontraba; una diminuta cocina sucísima que, estaba bien claro, casi nunca era utilizada, y un dormitorio, además de un lavabo con ducha…, que tampoco parecía ser usada con demasiada frecuencia.

En menos de diez minutos me convencí de que allí era en verdad difícil esconder drogas. Es claro que una pequeña cantidad podía ser escondida en cualquier sitio…, pero no en los que yo había mirado sin encontrar nada. La solución podía estar en las tablas del piso, o en un escondite de las paredes. Pero, para descubrir ese escondite, ciertamente, se requería un registro en toda regla. Eso

suponiendo que fuese el viejo quien estuviese mezclado en el asunte…

Oí de pronto las lentas pisadas en la escalera; me precipité hacia el interruptor y apagué la luz. Inmediatamente saqué mi radio de bolsillo.

—Tad… —mascullé—. Maldita sea, ¿por qué no me has avisado del regreso de…?

—No es el viejo. Quédate ahí y eso es todo.

—Ah, bien… No descuidéis la vigilancia.

—Tranquilo, Tim.

Cerré la radio, la guardé y apliqué un oído a la puerta. Los pasos se oían ahora más arriba, hacia la azotea. Supe que el «cliente» de turno había abierto la puerta de la azotea… Luego no oí nada…, excepto el zureo de algunas palomas. Cosa sorprendente, porque se supone que las palomas, como las gallinas, se dedican a dormir en cuanto se pone el sol… Y ya se había puesto.

Apenas un minuto más tarde, volví a oír los pasos. Era el mismo hombre, desde luego. Su cadencia de pisadas era la misma. Oí perfectamente cuando llegaba al descansillo del único piso, del cual arrancaba la escalera hacia la azotea.

Y oí también algo más: un levísimo sonido de papel, rozando con algo… Luego, los pasos sonaron en la escalera, hacia abajo. Confieso que estuve unos segundos desconcertado, antes de volver a encender la luz. Pero entonces ya sabía lo que tenía que hacer.

No me costó el menor esfuerzo abrir la pequeña caja de madera clavada en la puerta, destinada a recoger la correspondencia que se introdujera en la rendija del otro lado. Y todo lo que vi allí fue un billete de diez dólares. Aquel billete era el que había producido el leve ruido de papel, al ser metido en la ranura. Mientras miraba el billete, la maquinaria de mi cabeza funcionaba cada vez mejor. Aunque admito que no hace falta ser un genio para comprender lo que significaba aquel billete: era el pago por una dosis de cualquiera de las porquerías llamadas estupefacientes.

¿Conclusión? El tipo que había subido a la azotea había adquirido su droga, y al bajar dejaba su importe en el buzón de Sam Rourke. Muy bien: ¿quién le había entregado la droga, en la azotea? Fuese quien fuese, tenía que estar allí, de eso no cabía duda.

Apagué de nuevo la luz, tras dejar el billete en el buzón, y salí al

descansillo. Cerré la puerta y me dirigí silenciosamente escaleras arriba. La puerta de la azotea estaba abierta, de modo que pude salir sin utilizar la ganzúa.

No había nadie.

Me refiero a seres humanos, claro está. Lo que sí había eran palomas, pero eso ya lo sabía. Quizá habría una docena dentro de la gran jaula. Y una fuera, sobre los alambres, mirando sin el menor miedo, e incluso sin el menor interés. No sólo eso, sino que cuando acerqué mi mano a ella, permaneció inmóvil, así que pude cogerla suavemente.

—Vaya…, —sonreí—. Eres una muchachita simpática y sociable, ¿no es cierto? Pero me pregunto qué haces aquí fuera, en lugar de estar con tus compañeras.

La paloma no podía ser más dócil y tranquila. Estaba en una de mis manotas como si se dispusiera sosegadamente a poner un huevo. Lo cual no es corriente… Me refiero a que estuviese tan tranquila en mi mano, claro. Lo de poner huevos ya sabemos que sí es corriente, o, por lo menos, normal en un ave.

Me di una vuelta por la azotea, mirando a todos lados. Pude ver el coche donde esperaban mis compañeros, la calle… Pasó un tren. Al otro lado de las vías se veía la Nacional 1. Es decir, se veían las luces de los coches que circulaban por ella.

Empezaba a pasar de la perplejidad a la furia. ¿Quién entregaba las drogas a los «clientes» que subían a la azotea? Las palomas, no, desde luego…

¿No? ¿Por qué no?

Me quedé paralizado de alegría por mi propia astucia… ¿Por qué no las palomas? La verdad definitiva casi me hizo sentir como un martillazo en plena frente. Me quedé mirando a la paloma que tenía en una mano, fruncido el ceño.

—¿Sabes una cosa? —musité—. Lo que hacéis no está bien, jovencita.

La dejé sobre la jaula, pensando en marcharme. Le rasqué en el cuello, le dije adiós con los dedotes y fui hacia la puerta. La abrí, adelanté un pie…, y retrocedí vivamente. En la escalera se oían pasos otra vez.

Cerré la puerta y miré a todos lados, como si fuese yo el delincuente acorralado. Lo cierto era que no quería ser visto por

nadie en la azotea. Pensé en colgarme del borde, hasta que el «cliente» hubiera recogido su droga y se marchase. Pero era demasiado peligroso. No por una simple caída, que eso no me preocupaba, teniendo en cuenta que yo puedo ser, llegado el caso, un «hombre-mosca», sino porque quizá alguien me viese desde la calle y entonces se armaría el gran jaleo.

Ya sé que lo han adivinado… Me refiero al sitio donde me escondí: en la jaula de las palomas, claro. Entré, encogiéndome cuanto pude, y me coloqué en un rincón, bajo la sombra del parcial tejado de plástico destinado a proteger a las aves de la lluvia. Quedé en la sombra, acuclillado, esperando… No. No puse ningún huevo.

Las palomas no se habían alterado por mi presencia en la gran jaula. Ya estaban acostumbradas al contacto directo con el hombre, como me había demostrado mi amiguita que había quedado afuera.

Apareció el hombre y se acercó directo a la jaula, como una bala. De cintura para arriba quedó fuera de mi alcance visual… Lo cual era conveniente, porque indicaba que yo también estaba fuera del suyo. Estuve seguro de que había cogido a mi amiguita y le oí farfullar algo.

Luego se acercó al borde de la terraza, mirando hacia el cielo. Después miró su reloj. Estaba muy impaciente.

Yo no. Yo, lo único que estaba era preocupado por la posibilidad de que me viera. No entraba en mis planes, que ya estaba tramando, en complicidad con las palomas. Por lo demás, estaba completamente tranquilo, y no sentía la menor impaciencia. Tengo buenos nervios.

Casi cinco minutos más tarde, cuando ya el hombre estaba al borde de la furia, apareció otra paloma sobre la azotea. Se posó encima de la jaula y el hombre se precipitó hacia ella. De nuevo sólo pude ver de cintura para abajo al hombre. Luego vi su mano derecha metiéndose en un bolsillo; entre los dedos, un pequeño tubo que me pareció de plástico. Perfecto.

Al segundo siguiente, el hombre había desaparecido, de modo que pude abandonar la tertulia con las palomas y, poco después, la azotea. Cuando pasé por delante de la puerta de Sam Rourke, estuve tentado de volver a entrar en el apartamento y echar un vistazo al buzón. Pero, realmente, ¿para qué? Sabía que ahora había

dos billetes de diez dólares para él.

Al poco entraba de nuevo en el coche de mis compañeros.

—¿Cómo te ha ido, Tim?

—Vámonos.

—¿Irnos? Pero el jefe…

—Todo está bien, Tad. Y llamad a Ashley, o a los demás muchachos que estén siguiendo a sospechosos. Podemos retirarnos todos a descansar. Lo peor que puede ocurrir es que esta noche algunos viciosos tengan su última dosis de droga.

—Pero ¿qué ha ocurrido? ¿Qué sabes, qué has descubierto…?

—Vamos a ver al jefe. Tengo algo que pedirle.

* * *

—¿Un helicóptero? —exclamó el inspector Gordon—. ¿Para qué lo quieres?

—Para volar.

El inspector Gordon se me quedó mirando con el ceño fruncido. Tony Leopard tenía razón: Gordon parecía tener muy mal genio…

—De acuerdo —gruñó—. Pero supongo que nos explicarás qué es lo que te obliga a pedir un helicóptero.

—Me gustan las palomas.

Gordon parpadeó. Y tanto él como mis compañeros comprendieron la verdad, de pronto. El inspector se precipitó hacia el teléfono.

—¡Pediré ahora mismo…!

—No, no… —negué yo—. Creo que no es el momento adecuado, señor.

—¿Por qué no? Las palomas viajan en la oscuridad con la misma orientación que si fuese de día.

—Las palomas, sí, señor. Pero nosotros, no.

—Es cierto… ¡Es cierto! Bueno, pero algo tendremos que hacer esta noche… No. Tampoco… ¿Verdad, Tim?

—Yo creo que podríamos ir a dormir, señor —sonreí.

—De acuerdo… —sonrió él también—. De acuerdo, Tim. Mañana a primera hora, media docena de agentes se dedicarán a hacer la redada de los morfinómanos localizados. Todos los que han estado en esa azotea, desde luego. En cuanto a Sam Rourke, también será detenido.

—Perfecto, señor. Y convendría detener también al matrimonio que ocupa el otro apartamento. No es probable que estén al margen del asunto, creo yo. Si así fuera, ya habrían denunciado a la policía las continuas visitas de tipos que suben al tejado y que se dedican a tirar billetes al buzón de Sam Rourke.

—Sí… Parece evidente que esa casa pertenece al mismo grupo. Está bien pensado, ¿no es cierto? Un viejo matrimonio respetable, unas cuantas palomas en la azotea… Pacífico y bucólico. Y cada noche, diversos tipos, cada uno a una hora determinada, acude a recoger su veneno. Luego pagan echando un billete al buzón de Sam Rourke, y listo. Es posible que ellos ni siquiera sepan dónde están sus jefes, los que les envían las drogas por medio de las palomas mensajeras.

—Pero las palomas sí lo saben, señor. Buenas noches. Espero que el helicóptero estará listo bien temprano.

24 JUNIO 1967

Cayó en sábado. Es decir, que me fastidiaron en parte el fin de semana, que precisamente lo tenía libre. Y digo en parte, porque luego todo estuvo recompensado con creces. Ocurrió que… No. Esto es más tarde. Hablemos del helicóptero.

En efecto, el inspector Gordon había conseguido un estupendo helicóptero de dos plazas. Pequeño, pero muy seguro y veloz. Una maravilla, vamos.

Lo primero que se hizo fue lanzar a un montón de agentes especiales a la fácil caza de los «clientes» de Sam Rourke. Fue una redada pacífica, organizada, perfecta. No escapó ni uno, y tengo la esperanza de que algunos de ellos, por lo menos, lograse curar del vicio en el sanatorio especial al que fueron enviados.

La otra redada, a cargo de tres de mis compañeros, abarcó a Sam Rourke y al matrimonio que ocupaba el otro apartamento de la casa con palomas en la azotea. Y supimos que todo iba bien cuando uno de esos tres compañeros apareció en la azotea, radio de bolsillo en mano, mirando hacia donde el inspector Gordon y yo evolucionábamos por allí cerca, con el helicóptero.

—Todo bien, señor —informó.

—De acuerdo, Rick —dijo Gordon—. Ahora, suelta dos o tres palomas. No más, por si ésas se nos pierden y tenemos que repetir la prueba.

—Sí, señor, entiendo.

A los pocos segundos, tres palomas salían del palomar, se elevaban y, en seguida, a la vez, tomaban el mismo rumbo, hacia el Norte.

—Que no se te escapen, Tim.

—Haré lo posible, señor.

* * *

No se me escaparon. Y no crea que es fácil seguir a unas palomas durante un recorrido de cincuenta millas. Afortunadamente, ellas vuelan en línea recta a su objetivo, como si tuvieran brújula, radar, y todos los demás inventos humanos de orientación…, que aún no han llegado a ser tan perfectos como los de los animales. Al menos, como los de las palomas mensajeras.

Finalmente, las vimos descender hacia una hermosa quinta junto al mar, con muchas palmeras y flores, situada a poco más de una milla de una población.

—Riviera Beach… —musitó Gordon, mapa en mano—. Parece que hemos llegado al final del viaje, Tim. No desciendas todavía.

La advertencia era innecesaria. Nos aseguramos de que las palomas daban por terminado su vuelo en aquella quinta, nos aseguramos también de que la localizaríamos luego fácilmente y seguimos el vuelo, siempre hacia el Norte. Regresamos por el Oeste, y aterrizamos en la playa, como a media milla de la quinta. Gordon había dado ya instrucciones por la radio del helicóptero, y ocho compañeros, en dos coches, casi debían estar volando o poco menos por la Nacional 1 hacia Riviera Beach.

—Son las once —dijo Gordon—. Podemos fumarnos un cigarrillo.

—Excelente idea, señor.

* * *

A las doce menos cuarto aproximadamente aparecía yo sólo en la entrada de la quinta. La verja me la abrió un jardinero que estaba cerca, regando las flores con una manguera de plástico verde.

—¿Qué desea?

—Ver al dueño de esto —sonreí—. ¿Es posible?

—Temo que no. El señor Carruthers duerme todavía… ¿Tiene usted cita con él, quizá?

—Pues no. Es una sorpresa. Vaya a decirle que está aquí Timoteo Carruthers.

—¿Carruthers?

—Soy su primo.

—… —El hombre no sabía si creerme o no—. Bueno, eso es

diferente, claro…

—Claro. Pero no le diga que soy yo. Solamente que tiene una visita.

—Si no le digo qué visita es, usted no entrará, señor.

—Ah… Bueno, me resignaré a no presenciar su sorpresa. ¿Tengo que esperar aquí fuera?

—Bueno… No. No, señor, desde luego. Venga, por favor.

Entré en la quinta. ¡Qué bonita…! Aún más bonita que vista desde el helicóptero. Había senderos de tierra ligeramente regada, y olía a flores y a mar… Todo era delicioso. Había una pista de tenis y un piscina tremenda, formidable, rodeada de césped y parasoles… Precisamente debajo de uno de los parasoles había lo más formidable de la quinta: una pelirroja sensacional, en bikini, que parecía adormilarse con una revista en las manos, tendida al sol en una extensible de aluminio y lona. Llevaba lentes de sol.

Pero se los quitó vivamente cuando el jardinero, que me dejó un poco atrás, le musitó algo al oído. Se me quedó mirando como si yo fuese un marciano, muy abiertos sus bonitos ojos verdes. Luego dijo algo, y el hombre se retiró hacia la casa, no a seguir manejando la manguera. Entonces ella me hizo una seña con la manita, y yo me acerqué, sonriendo como seguramente sonreiría un primo pródigo al ver a su familia.

—Buenos días —saludé muy cortés.

—Buenos días… Usted debe estar confundido, señor: Andrew no tiene ningún primo.

—¿Se refiere a Andrew Carruthers, el dueño de todo esto?

—Naturalmente.

—Bien. Pero sí tiene una prima, según veo.

Ella me miró con el ceño fruncido por el disgusto.

—Soy la esposa de Andrew Carruthers, señor…

—¿No cree que me llame Carruthers?

—No, señor.

Me senté en otra extensible, pero buscando la sombra. El sol atizaba de firme.

—Pues tiene usted razón, señora Carruthers. No me llamo así. Mi nombre verdadero es Timothy Parrish. Mis amigos me llaman Tim; y si tienen ganas de bromear, me llaman Siete Vidas.

—Mire, señor Parrish, a estas horas no tengo ganas de bromear.

Diga lo que tenga que decir, por favor.

—Le compro sus palomas.

—¿Me compra…? ¿Qué dice usted?

—Es que las colecciono.

—Usted está loco.

—¿No me vende sus palomas?

—¿De dónde saca usted que nosotros tenemos palomas?

—Mensajeras —sonreí como un tigre en día de fiesta—. Un amigo me dijo que aquí podría encontrar tres de ellas. Pero seguramente hay más. El amigo del que hablo se llama Sam Rourke.

La señora Carruthers palideció visiblemente. Y como yo no soy ciego, pues lo vi, me di perfecta cuenta de ello. Sonreí de nuevo, encendí un cigarrillo y me quedé mirando amablemente a la dama.

—Apuesto —musité— a que tienen ustedes un gran palomar, señora Carruthers.

—Bueno… Sí… Mi esposo es muy aficionado a la colombicultura, ciertamente… Pero no vendemos palomas, señor Parrish.

—¿Cuántas tiene?

—No sé…, ciento cincuenta, quizá…

—¡Caray! Ciento cincuenta palomas, a un beneficio de diez dólares diarios cada una, son mil quinientos dólares por día. Eso, suponiendo que solamente hagan un viaje.

—No entiendo… No comprendo…

Yo no le hacía mucho caso en aquel momento, porque de la casa llegaban tres hombres. Uno de ellos era el jardinero. Otro, parecía el mayordomo o algo así. El tercero, ataviado elegantemente con ropas deportivas de blanco impoluto, debía ser Carruthers, impecable con su raqueta de tenis bajo un brazo.

Cuando los tres llegaron, el tipo de la raqueta se me quedó mirando con gesto muy agrio.

—¿Quién es usted? —masculló.

—Tim Parrish.

—Pero usted le ha dicho a Leonard que…

—Ha sido una inocente mentira, señor Carruthers —me puse en pie, saqué mi placa del FBI y se la pasé por las narices—. Como le he dicho antes, mi nombre auténtico es Tim Parrish, y estoy aquí para detenerle en nombre del FBI, por tráfico y venta ilegal,

naturalmente, de estupefacientes. De modo…

Ahí acabó nuestra conversación. Sin esperar a oír más, me atizó un raquetazo directo a la cabeza. Sólo que, por supuesto, yo sabía hacía años que mi cabeza no era una pelota, de modo que la aparté, le sujeté el brazo, y al mismo tiempo que él gritaba: «¡Matadlo!», yo le golpeaba con una rodilla en el bajo vientre. Se encogió como un muñeco mecánico, muy bruscamente. Me pareció que quedaba en posición óptima para recibir un codazo en las narices, y se lo di, de muy buena gana. Saltó hacia arriba y atrás, cayó sobre una de las mesitas, y se fue de cabeza al césped, seguido de la mesita. Yo me quedé con la raqueta en la mano.

El tal Leonard, jardinero de profesión visible, y el mayordomo, estaban ya poco menos que encima mío, dispuestos, si no a matarme, sí a golpearme hasta hacerme papilla. Esquivé a Leonard con una finta en la que todavía debe estar pensando, recibí al otro con un directo de izquierda en la nariz que lo dejó seco, como clavado de pies en el verde y tierno césped, y mientras él se preguntaba dónde estaba y Leonard corría todavía junto al borde de la piscina, le di al mayordomo un impecable raquetazo de volea en plena cara. Por un momento vi aquella fea cara, a cuadritos, a través del enrejado de la raqueta, Luego, haciendo muy bien su papel de pelota, salió disparado hacia atrás, directo a la piscina… La verdad es que hacía calor aquel día.

Leonard todavía no se había convencido de que yo era un enemigo de los llamados difíciles, y volvía a la carga. Me dio pena… Le dejé llegar, paré su primer golpe asiéndole el puño, le torcí el brazo a la espalda, le atenacé por el pescuezo y le llevé al borde de la piscina.

—No dirás que no soy amable —dije.

Le empujé por el brazo torcido, por el pescuezo, y con una rodilla que golpeó fuertemente en sus nalgas. Otro que quería bañarse.

La pelirroja corría hacia la casa, mientras Andrew Carruthers se incorporaba, sacudiendo la cabeza, casi inconsciente. Le cogí amablemente por un brazo y le llevé también al borde de la piscina.

—Esto le despejará, señor Carruthers —sonreí, muy amable y servicial.

Otro al agua.

Liquidé la tonta pelea antes de que mis compañeros llegasen allí, a toda prisa, encabezados por el inspector Gordon.

—¡Ya te dije que no vinieras solo! —exclamó éste—. ¡Si hubieran astado armados…!

—Habrían estado armados si yo no hubiera venido solo, señor —sonreí otra vez—. Venga: le presentaré a la señora Carruthers.

Fuimos hacia la casa, Y apenas entrar en ella, la pelirroja apareció ante nosotros, con una pistola en la mano.

—¡Apártense! —gritó—. ¡Déjenme pasar!

—¿Piensa usted huir, señora Carruthers?

—¡Sí! ¡Apártense los dos!

—Como quiera. Pero antes, dígame, por favor: ¿tiene usted arroz en la cocina?

Ella estaba desconcertada, naturalmente.

—Sí… ¡Si no se apartan…!

—Desde luego que nos apartamos, señora. Puede usted salir.

Tomé de un brazo al inspector Gordon y los dos nos apartamos de allí, dejándola salir. No sé quién estaba más estupefacto, si Gordon o una pelirroja y muy bella señora Carruthers. Desde luego, le duró menos a Gordon, que cuando se vino conmigo a la cocina casi sonreía. Los dos nos imaginábamos muy bien qué sentiría la señora Carruthers cuando, al salir de la casa, se encontrase con ocho miembros del FBI, algunos de los cuales debían estar ayudando a su marido, al jardinero y al mayordomo a salir de la piscina…, con las esposas preparadas, claro.

En la cocina estaba (claro) la cocinera, muy asustada. Pero hice lo que pude para tranquilizarla, sonriendo como un viejo amigo de la casa.

—Hola —dije—. La señora Carruthers me ha dicho que tienen ustedes arroz… ¿Es cierto?

—Sí… Sí, señor, sí…

—¿Qué tal si me da un paquete o algo así?

Me entregó un paquete con manos temblorosas. Yo se las tomé con una de mis manotas.

—Afuera la están esperando unos amigos. Pero no se preocupe demasiado aunque los vea armados. Si usted no está metida en esto, nada le pasará. Y ahora…, ¿qué tal si me dice dónde está el gran palomar?

* * *

—¿Has terminado ya el arroz?

Me volví hacia mi jefe, no sin pena.

—Sí, señor… Pero hay tantas, que quizá ni siquiera les ha tocado a grano por pico. Podríamos buscar más arroz en la casa…

—En otro momento. Esta gente está lista para llevarla a la Delegación. Y todavía tenemos mucho trabajo el día de hoy, Tim.

Suspiré, mirando a mis amiguitas, que parecían esperar más arroz, dentro de la enorme jaula construida en un precioso cobertizo todo blanco.

—El trabajo más pesado nos queda, señor.

—Tony también refunfuña cuando tiene que redactar el informe. Pero hay que hacerlo, Tim.

—Acabaré reventado. Pero es cierto, señor: hay que hacerlo.

* * *

Lo hicimos.

Cuando regresé a mi apartamento, ya casi me había olvidado de mis amiguitas voladoras, tan cansado estaba de dictar, interrogar, tomar notas… Pero podía estar satisfecho de mí mismo: Gordon me había felicitado, y los compañeros empezaban a mirarme casi como a Tony Leopard, lo cual podía enorgullecer a cualquiera.

Lo primero que hice al entrar en mi apartamento fue quitarme los zapatos, la chaqueta y la corbata. Tuve la sensación de que los dedos de mis pies se ensanchaban, se iban haciendo más y más grandes…

Suspirando, entré en la cocina, abrí el refrigerador y saqué una botella de cerveza casi helada. La abrí, bebí un buen trago y volví a suspirar… Aquello era otra cosa. Y al día siguiente, domingo, lo tenía libre, de modo que podría madrugar, irme a nadar a la playa que tenía delante del apartamento, tomar el sol… Eso haría.

Salí del *living* silbando Congratulations, hacia el dormitorio. Pero algo me molestaba… Algo que todavía tardé unos segundos en saber qué era.

Música. Era música. Y me molestaba porque no era la que correspondía a Congratulations. La conocía, eso sí. Era… era…

Aparecí trotando en la terraza como un caballo desbocado, con

la botella de cerveza en una mano y la otra alzada en un intento de saludo; tropecé con una sillita de palma que hasta entonces me había sido más bien simpática; pasé por encima de la mesita de cristal; volví a tropezar no sé con qué, la botella se me escapó de la mano y se reventó en la otra terraza… Y, finalmente, llevado por mi impulso, caí de bruces sobre la pequeña tapia que separaba las dos terrazas, quedando con el torso en la del apartamento vecino y las patazas en la mía.

Por suerte, no me di ningún golpe que pudiera hacerme perder el conocimiento. Así que alcé la cabeza lo mejor que pude, quise sonreír mirando a la señorita Smith, y dije:

—*Canción de primavera… ¿Verdad?*

Florence Smith me sonrió de tal modo que creí que acababa de llegar al paraíso.

—Parece que ha tropezado usted, señor Parrish.

—¿Yo?

—Pues sí. Usted.

—No… No, no… Es que siempre salgo a la terraza de este modo… Me gusta oler las flores.

—Pues su olfato debe ser muy malo, porque para olerías necesita meter la nariz dentro de las flores.

Me incorporé. Efectivamente, una flor colgaba, no sé cómo (ni he conseguido averiguarlo aún a pesar de cientos de pruebas), de mi narizota. Me la quité, y volví a sonreír como si acabase de ganar un concurso de tontos.

—Je, je… ¡Qué flor más linda! ¿La quiere?

—Es usted muy amable. No quiere pasar a mi terraza, ¿señor Parrish?

—Ejem… Creo que voy a intentarlo.

Lo conseguí. Sin caer, sin tropezar, sin romper nada. Me metí la flor en un bolsillo, y, de pronto recordé que la había ofrecido a mi vecina.

—Je, je —quise sonreír otra vez—. La flor…

Se la tendí. Ella la olió, y volvió a colocársela en la cabeza, como la primera vez. En el tocadiscos continuaba girando el disco con Canción de primavera, cosa que ya no estaba tan adecuada, puesto que era verano.

—¿Cómo va su tristeza, señor Parrish?

—¿Mi… tristeza…?

—Claro. La otra vez que nos vimos dijo usted que se dedicaba a estar triste… ¿O no?

—¿Yo dije eso?

—Usted, y nadie más que usted.

—Bueno… Debió ser una broma.

—Entonces…, ¿es usted alegre?

—Psé…

—¿Por qué no se sienta?

Me senté. Estaba tan atontado de alegría y de admiración por la rubia jovencita, que si me hubiera dicho que bailara un tango también lo habría hecho. Y eso que jamás he bailado tangos.

—¡Bueno! —Casi grité—. ¡Ya estoy sentado!

—Sí. Ya está sentado.

Carraspeé. Luego crucé las piernas. Las descrucé. Me miré los pies, sólo con calcetines en aquel momento. Volví a carraspear. Miré hacia el mar, que ya se veía plateado de luz lunar…

—¡Hermosa noche! —aullé.

—Muy hermosa, es cierto.

—Esto… ¿A usted le gusta nadar de noche?

—Me encanta.

—¡Estupendo!

—¿Estupendo?

—¡Estupendo!

Después de tantas tonterías debí quedar agotado, y permanecí silencioso casi un minuto. Ella me miraba, yo la miraba a ella, yo sonreía como un tonto, y ella sonreía como un angelito.

—Oh, sí —dijo de pronto—. He tenido muy buen viaje.

—Me… me alegro. Oh Bueno. ¿Qué tal el viaje, señorita Smith?

—Muy bueno —rió ella.

—¿Le fue bien por Francia?

—Muy bien.

Tragué saliva.

—¿Y por… París? ¿Le fue bien por París?

—Magníficamente.

—Claro… Bueno, yo…, yo no la esperaba hasta la semana que viene, señorita Smith.

—¿Me esperaba?

—Quiero decir… Como usted dijo que estaría fuera tres meses… O sea, que tres meses, para mí, son tres meses, no tres meses menos una semana.

—Pude volver una semana antes.

—Sí… Je, je… Oiga, ya ha terminado Canción de primavera.

—Ya no importa.

Detuvo el tocadiscos. Y no puso ninguna otra pieza. Volví a mirarme los pies, los calcetines. Hacía mucho calor. Me pregunté si mis pies estaban gritando que hacía mucho calor.

—Hace mucho calor —dije.

—Mucho. Más que en París.

—Sí… Más que en París… ¿Y… qué? ¿La Torre Eiffel sigue en el mismo sitio? Je, je.

—Todavía está allí, sí.

—Vaya, vaya, vaya… ¡Qué cosas, ¿eh?!

—Cosas asombrosas.

—Sí… ¿De verdad le gusta nadar de noche?

—De verdad, Pero muy de noche.

—Sí, claro… Muy de noche. La noche tiene que ser muy noche, ¿no es cierto?

—Sí. Y el día tiene que ser muy día.

—¿Qué me dice de los eclipses?

—Que son antipáticos.

—¿Verdad que sí? Yo vi uno, una vez… Tenía… quince años. Oiga, yo era todo un chico raro, a los quince años.

—¿Ya no?

—No, no… Quiero decir que ya no tengo quince años. ¿Pero le parezco raro todavía?

—Señor Parrish: ¿tiene usted bocadillos?

—¿Bocadillos?

—Bocadillos. Ñam, ñam: cosas para comer. Vine tan de prisa del aeropuerto que no tuve tiempo de pensar en esas cosas.

—¿Y por qué vino usted tan de prisa, caramba?

—Tenía ganas de oír, Canción de primavera.

—Es verdad… ¡Toma, claro! ¿Bocadillos?

—Bocadillos.

—Tengo bocadillos. De todo. Jamón cocido, carne, huevos duros, mantequilla,

foie-gras
…

—Le propongo un trato. Yo le invito a champaña francés y usted me invita a bocadillos.

—¿Cómo le gustan los huevos? —grité.

—Muy frescos —ella se echó a reír otra vez, tal como yo la recordaba—. Pero tengo tanto calor que antes quizá vaya a darme un baño a la playa. Me gusta bañarme de noche, pero…

—¿Pero…?

—¿Usted cree que habrá tiburones?

—¡Yo mato tiburones! ¡Yo los mato, vaya…! Una vez estuve en el Caribe, y… ¿Quiere que la acompañe a la playa?

—Bueno… Me consideraré más segura, señor Parrish.

Cuando me di cuenta, estaba en la playa. Yo solo. Ella llegó dos minutos después con un albornoz cortito, colorado, me parece recordar. Cuando se quitó el albornoz, me quedé tan patitieso que todavía ando un poco cojo. Yo había visto bikinis de todas clases y colores y con toda clase de rellenos. Pero comprendí en el acto que nunca más en la vida vería otro bikini como aquél. Quiero decir que nunca vería otro «relleno» como aquél.

Durante un cuarto de hora estuvimos nadando. Yo dije cada tontería que, de haberlas oído algún alto personaje del FBI, me habría costado la expulsión del Departamento, por deficiencia mental.

Luego preparé a toda prisa unos bocadillos, salté a la terraza de ella y lo coloqué todo sobre la mesita, más ufano que mi abuela cuando tuvo su décimo nieto. Florence Smith apareció con una botella de champaña que tenía todas las muestras de haber estado en el congelador del frigorífico. La dejó en la mesita, se fue, y volvió con las manos a la espalda.

—Señor Parrish —musitó.

—¿Sí?

—Le he traído algo de Europa.

—Déjeme adivinar… ¿Pepinillos agridulces húngaros?

Ahora fue Florence Smith quien se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo… cómo ha podido adivinar…?

—¡Me ha traído pepinillos agridulces! —vociferé.

—Pu… pues sí… Sí, sí…

—¡Hoy es mi día! Lo acierto todo, lo sé todo, lo resuelvo todo… Le voy a decir algo que estoy pensando… Bueno, primero le diré que mañana tengo todo el día libre. Veamos… Sí, eso es, el día libre… Son las nueve y cuarto… Podemos cenar tranquilamente. Luego tomaríamos un *whisky* con mucha soda y mucho hielo, y oiríamos música de esa que tiene usted… Pongamos hasta las once… Sí, hasta las once. Así, mañana podríamos levantarnos a las siete y media… A las ocho, podríamos salir hacia el mar, a la ventura, en una lancha alquilada… No, no, no… Tomaré la de Tony… ¡Eso es! Bueno, podríamos hacer todo esto, y mañana pasaríamos un día estupendo en el mar, nadando, tomando el sol, charlando… ¿Qué le parece la idea?

—Es muy buena —susurró ella—. Excelente.

—Sí… ¡Je, je! Yo siempre tengo ideas excelentes. Por ejemplo, esta mañana… No, eso es cosa aparte. Pero tengo ideas muy buenas, ¿verdad?

—Verdad.

—Yo… Caramba, eso quiere decir que usted acepta, ¿no es así?

—Sí. Es así.

—Demonios… Ya sabía yo que este día tendría sus compensaciones… ¿De verdad me ha traído pepinillos agridulces de Hungría?

Ella mostró las manos, que hasta entonces había tenido a la espalda. Cierto: en una de ellas se veía uno de esos irascos tan bien llenos de pepinillos, con cebollita trinchada, granos de pimienta y especias un poco picantes.

—Ca… ca… caramba… Sí, son… son pepinillos, sí… Y de los buenos. Oíga, señorita Smith, usted se merece un gran premio, ¿no está de acuerdo? ¡De buena gana le daría un beso!

En seguida me sonrojé. Una de esas pocas veces en que un hombre como yo se sonroja. No crean que eso no es posible… Noté como una corriente de calor en la cara, y me tranquilizó que fuese de noche y que en la terraza solamente hubiera una pequeña luz azul, giratoria, por más señas.

—Bueno… No he querido… He querido decir… Vaya, no es que yo pretenda…

—¿Es usted un desagradecido, señor Parrish?

—No… ¡No!

—Entonces —tembló su voz—, sea cual sea el premio, creo que debe dármelo, ¿no?

¡Paf! Fue como si me hubiesen dado un garrotazo en la cabezota. Y lo que son las cosas: me olvidé de los pepinillos.

Me acerqué más a ella, la cogí de los brazos, y me quedé mirando aquella lucecita azul que destellaba en sus ojos, todavía más azules. En general, y sin ánimo de ofender a nadie, debo decir que los hombres somos bastante memos en esto de comprender a las mujeres. Que no acertamos ni una, vamos.

Ella cerró los ojos, de pronto, y su boquita pareció una de aquellas flores que yo acostumbraba a segar brutalmente.

—Seño… señorita Smith…

—Mis amigos… me llaman Florrie, Tim…

Una vez más tragué saliva. Acerqué mi caraza a la suya y le di un besito en los labios. Una tontería mía, claro. Y no es que sea tonto, no… Sólo que aquello fue una tontería…, comparado con lo que siguió.

Yo esperaba que aquel besito sería un buen principio para atacar luego de firme. No hay que ser demasiado bruto, al principio. Primero un besito, luego otro… Y así.

Pero cuando estaba separando mi bocaza de su boquita, ella se desasió de mis manotas y me rodeó el cuello con los bracitos. Hundió su boca en la mía, y yo noté toda una serie de sensaciones que me hicieron papilla en pocos segundos la víscera cardíaca. El corazón, vamos.

Luego, ella dijo:

—Después de esto… espero… que te gusten… los pepinillos.

—¿Qué… qué pepinillos? —tartamudeé yo.

22 DICIEMBRE 1967

Noté un golpetazo terrible en la espalda, y me volví con la cara de los días de trabajo, sumamente mosqueado. Pero sonreí al ver a Tony Leopard, que parecía dispuesto a darme otra «palmadita amistosa».

—Oh, Tony… Oye, precisamente quería hablarte.

—¿Sí? —rió el agente de los ojos color pimiento—. ¿Sobre qué?

—Bueno, sobre lo del apartamento, claro. Hace ya meses que…

—En otro momento. El jefe quiere vernos a los dos.

—¿A los dos?

—Pues sí: a ti y a mí. Timoteo Parrish y Antonio Leopard… ¿Te sorprende?

—Bueno…

—Muchacho. —Tony pudo arrearme otra «palmada cariñosa», a pesar de mis precauciones—, ya sé que los dos somos hoy día demasiado importantes aquí para metemos en el mismo asunto. Pero si el jefe dice que quiere vernos a los dos…, ¿qué podemos hacer?

—Ir a verlo —sugerí yo.

—Premio.

Así que fuimos a su despacho. Gordon estaba sentado a su mesa, rodeado de esas cosas tan corrientes: armas, microfotos, denuncias diversas, informes auxiliares para la policía, algún paquetito con estupefacientes, fotografías con huellas digitales, balas retorcidas con su informe de Balística, análisis de sangre, cigarrillos de marihuana… Cosas corrientes.

—Si está ocupado, volveremos mañana, señor —dijo Tony.

El inspector quiso fulminarlo con una mirada, pero Tony, encendiendo un cigarrillo, se sentó en un ángulo de su mesa, tan

campante.

Yo dije:

—O el día de Navidad, señor.

Y quise sentarme como Tony Leopard. El resultado fue que me di un golpe en una cadera, tiré dos libros al suelo y se me cayó el encendedor… El inspector Gordon se me quedó mirando con clarísima expresión entre sorprendida y sarcástica. Tony se echó a reír. Y yo tuve que echarme a reír también, un poco sonrojado. Recogí los libros y el encendedor y me quedé de pie delante de la mesa.

—De acuerdo, de acuerdo —admití—. Es una tontería querer parecerse a Tony Leopard. A sus órdenes, señor.

—Ajá. Eso encaja mejor contigo, Tim. Sentaos los dos… —Miró con el ceño fruncido a Tony—, en los sillones.

Nos sentamos, riendo todavía Tony por mi tontería de querer imitarlo.

Gordon carraspeó.

—Supongo que sabéis quiénes son The Young Wild —dijo.

—Oh, sí —me apresuré a admitir—. Unos cuantos jovencitos que hace tiempo están dando mucha guerra. Los Jóvenes Salvajes… Parece que son muy peligrosos.

—Así es. Muchachos de esos que van con chaquetas de cuero, pistola en el bolsillo, y que no respetan nada con tal de conseguir dinero. Según su historial, han matado ya a dos hombres que quisieron oponerse a sus planes de robo. En total, parece que en unos cuatro meses han robado, a mano armada, alrededor de trescientos mil dólares.

—Vaya… No está mal —comenté.

—Miseria —dijo Tony.

—Hombre, claro, para ti, que tienes…

—La policía —me interrumpió Gordon— nos pidió ayuda oficialmente para la identificación y localización de esos jóvenes salvajes…, y asesinos. No se detienen ante nada. En cuanto a poder identificarlos, resulta un poco difícil, ya que nada sabemos sobre ellos, excepto que son jóvenes, muy jóvenes. De sus rostros, nada. Siempre, en el momento de su actuación, llevan una media de señora cubriendo su cabeza. Lo clásico aprendido en el cine. De todos modos, no nos engañemos, esos Jóvenes Salvajes son

muchachitos de cuidado…

—¿Qué edad se les calcula?

—Entre diecisiete y veinte años.

—Prometedora carrera —comentó Tony—. ¿Nos ha llamado a Tim y a mí para que la trunquemos? ¡Pobres muchachos…!

—Son unos asesinos, Tony —ignoró Gordon la broma de Leopard—. Han matado a dos hombres, malherido a tres, y atropellaron con el auto a una mujer, en plena calle, tan sólo porque ella se interponía en una de sus huidas. La pobre mujer tuvo mala suerte al cruzar la calle en aquel momento… Son muy peligrosos, no vacilan ni un segundo en disparar. Ah, y otra cosa: hay una recompensa por ellos.

—¡No me diga! —Se pasmó Tony—. ¡Igual que en el viejo Oeste! Quinientos dólares, vivo o muerto…

—Bueno, no es precisamente por ellos, Tony, sino por lo que se recupere de lo robado. Todos quienes han sufrido sus atracos a mano armada han ofrecido el diez por ciento de lo recuperado.

—Eso suma… ¡Caramba! —exclamé yo—. ¡Eso suma unos treinta mil dólares, señor!

—¿Te interesan? —entornó los ojos Gordon.

—Bueno… Menos a Tony, yo creo que treinta mil dólares le interesan a cualquiera, señor.

—Perfecto. Vas a tener oportunidad de ganarlos. Y como Tony ya tiene mucho dinero, y no sería elegante que tú aceptases parte de su dinero, lo menos que puede hacer es ayudarte a ganarlo… ¿O no, Tony?

—Ya se hablará del reparto de esa recompensa cuando tengamos a esos jovencitos canallas, señor. Una cosa tengo que decirle: meternos a Tim y a mí a buscar a esos chicos en vísperas de Navidad, es una de sus cochinas jugadas.

Miré espantado a Gordon, para estudiar su reacción ante las palabras de Leopard, pero el inspector no le hacía ningún caso. Siempre ocurre lo mismo entre ellos. Una vez, Tony tenía que salir hacia La Habana en busca de un tipo que había hecho no sé qué cosa fea en Miami, relacionada con espionaje. Yo asistí a la conversación entre Gordon y Tony Leopard, y cuando éste se fue aún no había entendido ni palabra de lo que habían hablado entre ellos, entre gruñidos de Gordon y sonrisas burlonas de Leopard.

Tony regresó tres días más tarde, y todo lo que dijo fue: «He terminado, jefe. Voy a casa a ducharme». Así es Tony Leopard. Otra vez…

—¿No me estás escuchando, Tim?

—¿Qué…? Oh, perdone, señor… Me había distraído recordando algunas cosas… Lo siento.

Gordon volvió a fruncir el ceño, y Tony rió.

—He pensado —dijo Gordon— que podríais hacerme un regalo de Navidad: quitar de en medio a esos jóvenes delincuentes. ¿Sí?

—¿En dos días? —masculló Tony.

—Os será muy fácil, Tony. Alguien está dispuesto a delatar a The Young Wild. Una mujer.

Tony se quedó serio de pronto, mirando con un solo ojo a nuestro jefe; el otro lo tenía cerrado, para que no le entrase humo del cigarrillo que tenía en la boca. Yo quedé muy atento, vivamente interesado.

—Se llama… —Gordon alzó una cuartilla—. Se llama Gertrude Sorrel. No hace ni media hora llamó por teléfono a la Delegación, pidiendo urgente comunicación con el jefe. Me pasaron la comunicación, y charlé con ella. Muy poco. Solamente dijo su nombre, que nos entregaría a esos jovencitos a cambio de la recompensa, y que no daría más detalles personalmente. También dijo, finalmente, que antes de que fuésemos a Herakles, podíamos verla en esta dirección, que es un pequeño parque muy poco frecuentado.

Fue Tony quien tomó el papel. Lo miró con aparente indiferencia y me quitó la pregunta de los labios:

—¿Qué es eso de Herakles?

—Herakles —sonrió Gordon— significa Hércules, en griego.

—Eso ya lo sabemos todos —refunfuñó Leopard—. ¿Pero qué es Herakles?

—Bueno… —Gordon lo miró irónicamente—. ¿Qué tal si vais a ver a esa mujer, le preguntáis qué es Herakles y escucháis todo lo demás que tenga que deciros?

Como final, podríais regresar con Los Jóvenes Salvajes. Me daríais una gran alegría.

—Tengo la impresión de que preferiré no detener a esos jovencitos —dijo Tony—. ¿Nos vamos ya, Tim?

* * *

Nos dimos una vuelta por el pequeño parque sin ver a nadie. No hacía frío, pero el tiempo era desapacible, y la reciente oscuridad de la noche, apenas disipada por la mala iluminación del parque, dificultaba las cosas. Decidimos dar otra vuelta, por separado, antes de disponernos a esperar a la mujer llamada Gertrude Sorrel. Una posibilidad que Tony y yo teníamos en cuenta era la de que aquella mujer temiese algo y se estuviese escondiendo.

Apenas nos habíamos separado Tony y yo cuando él me llamó:

—Tim.

Fui allá. Estaba detrás de un viejo banco que alguna vez había estado pintado de blanco. Lo vi arrodillado entre unas matas que había detrás del banco. Me coloqué a su lado, encendiendo la pequeña linterna de mi bolígrafo, y apunté la luz hacia la cabeza de la mujer.

Estaba tendida de bruces, retorcida de un modo extraño. Tomé su muñeca cuidadosamente. No tenía pulso.

—Está muerta, Tony. ¿Crees que es ella?

Leopard la movió, sólo lo imprescindible para poder verle el pecho, en el cual destacaban tres manchurrones de sangre, casi fresca todavía. Cambié la dirección de la luz, y vimos también su rostro. Su edad debía rondar los cincuenta. Tenía muchos cabellos grises y un rostro poco inteligente y aún menos agraciado.

Tony la dejó tal como la había encontrado.

—La mataron por ahí fuera y luego la tiraron entre las matas —musitó—. Me parece que le haré al jefe su regalo de Navidad, después de todo. No te muevas de aquí. Voy a llamar desde el coche.

* * *

Mientras nuestros compañeros de diferente servicio hacían su trabajo, yo fui hacia el coche, junto al cual, desacostumbradamente hosco el gesto, estaba Tony. Le mostré el viejo bolso de la mujer.

—También estaba allí, Tony. Ella es Gertrude Sorrel, desde luego.

—Naturalmente. Sólo ella podía… Un momento —se metió en el coche y atendió la llamada por la radio—. Tony Leopard.

—Tony —oí la voz de Gordon—, tengo lo que me has pedido. Sólo hay una cosa que lleve el nombre de Herakles en toda Miami. Es un gimnasio, en el cuatrocientos setenta de la North West 21th Street. Está en el listín telefónico, simplemente. ¿Por qué no probáis allí, de momento?

—Eso haremos. Gracias, señor. Ah: y vaya a comprar las ciruelas.

—¿Las ciruelas? ¿Qué ciruelas, Tony?

—Las que va a necesitar para rellenar unos cuantos pavos que Tim y yo vamos a regalarle para Navidad. Hasta luego, señor.

Cerró la radio, y me hizo señas para que entrase en el coche.

—¿Le vamos a regalar unos pavos al jefe? —pregunté yo.

—Seguro —sonrió secamente—: unos pavos jóvenes y salvajes, Tim. Vamos a ese gimnasio.

—¿Crees que esos chicos pueden estar allí?

—Bueno… Un gimnasio puedes ser un buen lugar para encontrar a unos cuantos muchachotes fuertes y decididos, ¿no? ¿Quieres que conduzca yo, por si tú aún…?

—Ya conozco bien Miami —gruñí—. Y, además, estoy de acuerdo contigo: le regalaremos unos cuantos pavos al jefe.

* * *

Apenas habíamos doblado la esquina última antes de llegar al gimnasio llamado Herakles, cuando Tony me sobresaltó lanzando una exclamación, señalando al mismo tiempo hacia delante:

—¡Tim! ¡Míralos!

Era como adquirir el último boleto de una rifa un segundo antes de que se concediese el premio…, y ganarlo. Confieso que la sorpresa casi me aturdió, y que todavía tardé un segundo en comprender lo que Leopard había comprendido apenas ver a los cuatro jóvenes que salían del gimnasio, todos ellos con chaquetas de cuero y las cabezas extrañamente redondas… Debido a las medias que utilizaban para ocultar sus rostros, evidentemente.

—¡Van hacia el camión! —gritó Tony.

Vi el camión en la otra esquina y di más gas. Tony había sacado ya su pistola y se asomaba por la ventanilla, aullando:

—¡Alto! ¡Alto o disparo!

Pasamos por delante del gimnasio, del cual, más adelante supe

que era solamente para hombres, poco menos que de lujo. «Herakles, Gim for Men», rezaba un bonito rótulo luminoso.

Tres de los jovencitos continuaron corriendo hacia el camión. El cuarto se detuvo en seco, se volvió, alzó las manos, y por un instante vi la metralleta en ellas. Un brevísimo instante, que me puso los pelos de punta.

Vi el resplandor de la ráfaga de disparos cuando ya estaba girando, buscando el modo de evitar las balas de un modo quizá más peligroso que éstas mismas: yendo hacia la fachada de una de las casas de la acera de enfrente al Herakles… Oí el repiqueteo de algunas balas en la plancha del coche, y, de pronto, el cristal parabrisas, a prueba de balas, quedó convertido en una bonita telaraña estriada en mil direcciones. Consecuencia: perdí por completo la visibilidad.

Lo que no perdí fue la serenidad. Recordaba perfectamente la sólida farola de alumbrado hacia la que me dirigía justo en el momento en que la bala había astillado el cristal, de modo que hice lo único que se podía hacer, instintivamente: volví a enderezar el coche, hacia el centro de la calle, y frené en seco. Y al mismo tiempo que frenaba se oía el chirriante sonido de la colisión contra la farola, por un lado y hacia atrás.

Tony y yo salimos despedidos, chocando uno contra otro, contra mi portezuela, directos hacia el montante. Me di un tremendo golpe en la cabeza, reboté, y casi tiré a mi compañero fuera del coche, por su portezuela, que se había abierto.

Todavía estaba viendo luces de colores cuando noté una de las manotas de Leopard en una mejilla, sujetándome la nuca al mismo tiempo.

—Tim… Tim, ¿estás bien?

Sacudí la cabeza, y pude ver claramente a Tony, mirándome con expresión alarmada.

—Sí… Sí, estoy bien, Tony. ¿Y tú?

—También. Voy a ver qué le ha pasado al coche.

Salimos los dos. Tony se fue a la parte izquierda y trasera, mientras yo veía subir al camión ya en marcha al jovencito que nos había disparado con la metralleta… Antes de que tuviese tiempo de reaccionar, el camión había doblado ya la esquina opuesta a aquélla por la cual habíamos llegado nosotros.

Tony apareció de pronto junto a mí, empujándome hacia el coche.

—¡Prueba el motor, Tim! La parte de atrás está hundida, pero no interesa las ruedas… ¡Prueba el motor!

Salté hacia el asiento y moví la llave; el motor se había calado, pero el contacto continuaba encendido. Se oyó el suave zumbido del motor, di un poco de gas, y el coche se desplazó sin dificultad ninguna… Tony Leopard se metió dentro cuando yo aún no había parado.

—¡Vamos tras ellos!

Yo saqué la pistola y golpeé el cristal parabrisas con un seco golpe que lanzó mil brillantes diminutos hacia la calle. La visión no podía ser más perfecta ahora. Y se iba muy fresquito, recibiendo de lleno el viento de la marcha. Comprendí que no podríamos ir demasiado de prisa, y me congratulé de que sólo estuviésemos siguiendo a un camión. Es decir, intentaríamos seguirlo, si no había desaparecido ya de nuestro alcance visual.

No. No había desaparecido. Pudimos verlo todavía antes de que doblase la siguiente esquina. Naturalmente, harían un recorrido astuto al principio, por si alguien les seguía. Supongo que pensaron que alguien podría seguirlos, pero no los dos tipos que se habían tirado contra una de las farolas.

—Ahí lo tenemos, Tony…

—No te apresures. Pero tampoco lo pierdas de vista. Voy a llamar al jefe.

Utilizó la radio para ponerse en contacto con el inspector Gordon. Yo permanecía atento a la marcha del camión, cuyos ocupantes, por el momento, parecía que no se daban cuenta de nuestra tenacidad. Era un camión grandote, viejo, bastante destartalado…

Tony comunicó a Gordon dónde nos encontrábamos, y la ruta que seguía el camión, pero recomendándole que si lo acorralaban con otros coches que pudieran salir al paso, no les dieran el alto, recalcando que aquellos jovencitos iban armados con metralletas. No convenía, pues, organizar un tiroteo en plena ciudad, con el riesgo de que algún pacífico ciudadano fuese alcanzado por balas de uno u otro bando. También le pidió que enviase algunos agentes al Herakles, a ver qué había ocurrido allí.

En definitiva, que mientras yo conducía, con la mirada fija como hipnotizada en el camión. Leopard fue indicando en todo momento nuestra posición, refunfuñando porque el camión, como si sus ocupantes intuyeran nuestra jugada, se iba apartando más y más de nuestra base de Biscayne Boulevard, de modo que ningún coche podía salirles al encuentro. Todo lo más, podían salir de allá para unirse a nosotros en nuestra marcha hacia el oeste de Miami.

* * *

Finalmente, lo vimos entrar en un solar de la South West 26th Street, empujando lentamente con el morro del camión las dos grandes puertas de vieja madera. Yo detuve el coche a prudente distancia, mientras Tony daba las últimas instrucciones para que los compañeros que ya nos habían dado alcance en otros dos coches, rodeasen velozmente la manzana… Una manzana fácil de vigilar, ya que sólo había un edificio de tres pisos en una esquina. El resto era todo solar, rodeado por una valla pintada de blanco, cuya altura debía de ser de unos nueve pies.

—Están rodeados… —dijo Tony—. Vamos a por ellos, Tim… Coge la linterna.

Cogí la linterna, mientras me tocaba el chichón que ya se notaba en mi frente. Pensé que si los elefantes pusieran huevos, mi chichón podría haberse definido diciendo que era del tamaño de un huevo de elefante. De un huevo de elefante hembra, quiero decir, claro.

A derecha e izquierda nuestra aparecieron dos de nuestros compañeros, vigilando hacia la alta pared de ladrillo pintados de blanco.

—Tenemos la manzana rodeada, Tony… —dijo uno de ellos—. No podrán salir de ahí.

—Okay, Ferguson. Distribuiros de manera que no puedan saltar la tapia sin que los veáis. Y cuidado con ellos: llevan metralletas. Por lo menos, uno de ellos. Vamos, Tim: tú y yo iremos a la caza del pavo… No harán daño a nadie ahora, si disparan sus metralletas en el solar.

—Solamente a nosotros —comentó Ferguson.

—Vosotros vigilad que los pavos no salgan volando… —dije yo —. Lo demás lo haremos nosotros. Vamos, Tony.

Nos acercamos a la tapia. Lo mismo Leopard que yo, alcanzamos

con facilidad, al primer salto, el borde. Y aún fue más fácil izarnos hasta poder saltar dentro del solar. Todavía estábamos en el aire cuando ya habíamos visto el camión, detenido bajo un techado de uralita ondulada sostenido por un par de postes. Era todo lo que había en el solar, aparte de unas cuantas matas de tan escaso tamaño que ningún hombre podía esconderse tras ellas.

—Deben estar aún en el camión… —musitó Leopard—. Acerquémonos despacio y arrastrándonos, Tim. Y cuando salgan, dispara.

Nos fuimos acercando a estilo indio hacia el camión, cuyas luces estaban completamente apagadas… Ya antes de llegar, tuvimos los dos el mismo presentimiento: los pavos navideños habían volado.

Y así era, en efecto. Llegamos muy pronto al camión, convencidos de que los jóvenes ya no estaban allí.

—Maldita sea…

—La casa, Tony… —señalé—. Han podido entrar por la puerta de atrás. Quizá estén en uno de los apartamentos.

No fue posible entrar, porque, si bien era cierto que había una puerta que daba al interior de la manzana, estaba muy sólidamente cerrada.

—¿La derribamos? —propuse.

—No… Llamaré a Mike por la radio de bolsillo.

Lo hizo. Vimos a nuestro compañero Ferguson saltar la tapia y acercarse rápidamente a nosotros, por entre los hierbajos. Nadie había abandonado la manzana, eso era seguro.

—Bien —refunfuñó Tony—: te vas a quedar aquí, Mike. Si alguien saca la nariz, quémasela. Nadie debe abandonar este edificio. Los demás seguirán en sus puestos rodeando la manzana, excepto dos, que vendrán con Tim y conmigo dentro de la casa.

Volvimos a saltar la tapia, ahora hacia la calle. Nuestro compañero Steve Farrell se acercó presurosamente.

—¿Qué?

—Nada, Steve.

—Vaya… Bueno, el jefe ha llamado; que viene hacia aquí, dice. Ha estado en ese gimnasio para hombres, ha dejado allá personal para que adquiera datos… No tardará ni dos minutos. Dice que le esperemos.

Tony y yo refunfuñamos, disconformes. Pero esperamos.

Afortunadamente, el inspector Gordon solamente tardó tres o cuatro minutos. El coche se detuvo junto a la acera y lo vimos apearse rápidamente.

—¿Cómo van aquí las cosas? —preguntó en el acto.

—Están en el edificio, señor —dije.

—Pues habrá que sacarlos.

—Son cuatro… —dijo Leopard—. Eso, suponiendo que algunos más no les estuvieran esperando en el solar. Habrá que ir con mucho cuidado, señor, si no queremos que hieran a alguna persona de la casa. ¿Qué pasó en el Herakles?

—Robaron algo más de cuarenta mil dólares.

—¿Cuarenta mil dólares en un gimnasio? —exclamé yo.

—Bueno, es un gimnasio más bien caro, de buen tono… Una especie de club, Tim. Había allí dentro unos treinta hombres, practicando su gimnasia diaria. La mayoría de ellos habían cobrado esta mañana la paga extra de Navidad y habían hecho efectivo el cheque, antes de venir al gimnasio. Entre el dinero que esas personas tenían en sus taquillas, y el que había en la caja del Herakles, he calculado, por encima, que son unos cuarenta mil dólares. Quizá más… Me enteré de unos pocos detalles y me vine hacia aquí. Ah: mataron a un hombre.

Nos quedamos todos silenciosos un par de segundos.

—Bueno… —musité—. Podríamos entrar ya, señor, ¿no le parece?

—Con calma, Tim… —dijo fríamente Leopard—. Si esos chicos han podido mantener a raya a treinta hombres mientras les robaban su dinero de los guardarropas, y no han vacilado en matar a uno, quiere decir, una vez más, que no se andan con tonterías.

—Pero esos treinta hombres no estaban armados, y nosotros sí, Tony.

Leopard asintió con la cabeza.

—Hay tres pisos, señor. Usted y Gerry pueden subir al primero, otros dos al segundo y nosotros revisaremos la planta baja. Ya sé que a usted le corresponde distribuirnos, pero a Tim y a mí nos gustaría investigar en la planta baja.

Gordon le miró fijamente un segundo.

—Está bien, Tony. De acuerdo. Bien: cada uno a lo suyo.

Leopard y yo fuimos los primeros en entrar en el edificio. Nos

quedamos un instante mirando con cierta sorpresa el pequeño letrero de cristal con luz detrás, que hacía resaltar las negras letras pintadas: «West Miami *Ballet*». Estaba junto a la puerta que daba acceso a la planta baja.

Empujé esta puerta y nos encontramos en un bonito recibidor, con una mesita, cuadros y fotografías de bailarinas… Nos llegaba un rumor como de aleteo, y una aguda voz diciendo palabras que no comprendíamos. A la derecha teníamos otra puerta, que Tony señaló.

—¿Dónde nos hemos metido? —susurré.

—Cualquiera sabe.

Abrimos aquella puerta, y al instante, aquel rumor de aleteo se oyó aún más fuertemente. Me dio la impresión de una bandada de palomas alzando el vuelo. Había una pared de madera y a derecha e izquierda unas escaleras, también de madera. Subimos los dos, por la derecha, y nos encontramos de pronto en una especie de palco, muy pequeño, con algunas sillas. A derecha e izquierda, una larga galería colgante, que se cernía sobre la gran sala central…, en la cual, no menos de tres docenas de jovencitas se dedicaban a la durísima gimnasia de preparación para *ballet*, todas con sus mallas blancas cubriendo completamente el cuerpo, de la garganta a los pies. Las edades de las jovencitas iban de los cuatro a los diecinueve o veinte años. Un grupo de media docena de unos veinte años practicaba aparte, junto a un gran espejo, en la barra de flexiones. Las demás, seguían las instrucciones de una mujer alta, de unos treinta y cinco años, morena, bellísima, que llevaba jersey blanco de hilo, una corta faldita y zapatillas blancas. Tenía unas piernas sensacionales.

—Demonios —dije yo.

—Maldita sea… —masculló Tony.

Una de las niñas de cuatro o cinco años, nos vio, en lo alto, y dejó de hacer sus flexiones. Nos vio otra, y otra, y otra… Todas se iban deteniendo apenas vernos… Finalmente, nos vio la estupenda profesora de las piernas sensacionales y dejó de cantar sus órdenes gimnásticas. Todas las alumnas estaban ahora inmóviles, silenciosas, a excepción de algunos jadeos de cansancio.

—¿Quiénes son ustedes? —exclamó la profesora—. ¿Con qué permiso han entrado en mi escuela?

Nos miraba de abajo hacia arriba, pero parecía que fuésemos nosotros los enanos. Tenía el ceño fruncido y no hacía falta ser todo un talento para comprender que se sentía irritada por nuestra intromisión.

—¿Puede dedicarnos un minuto? —preguntó Tony.

—¿Qué desean?

—Inscribirnos en su escuela.

Las alumnas rieron. Sobre todo las más grandecitas, que estaban hechas unos bombones de verdad. Y además las veíamos por partida doble, gracias al gran espejo con la barra.

La profesora miraba hoscamente a Leopard, pero ella también tuvo que sonreír al fin.

—Nelly —llamó—: sigue con las niñas.

Una de las esculturales muchachas ya del todo desarrolladas se separó del espejo, dispuesta a tomar el mando de las discípulas menos desarrolladas. La profesora nos hizo una seña para que bajáramos, ahora por una estrecha escalera que llevaba a la sala directamente desde el palco. Una vez abajo, señaló una puerta, sin dejar de mirar con curiosidad y una cierta admiración al incomparable Tony Leopard.

Salimos de la sala, fuimos en silencio hacia la puerta que se veía al otro lado del pasillo, y cuando la profesora se disponía a abrirla, Tony puso una de sus manazas sobre la de ella, impidiéndoselo.

—Perdone… ¿Podemos ver antes la puerta de atrás?

—¿La puerta de atrás? ¿Para qué?

Tony decidió no complicar las cosas y mostró su placa, con lo que la profesora, sobresaltada de momento, pareció quedar de pronto más calmada… Y, desde luego, mucho más dispuesta a colaborar.

—Vengan.

Seguimos por el pasillo, hacia el fondo. A derecha e izquierda se veían las taquillas donde las jovencitas guardaban sus cosas y, al terminar las clases, sus equipos, naturalmente. También había quizá doce duchas…

La puerta estaba al fondo, cerrada con llave, y con un tremendo pestillo, de acero. La profesora descorrió el pestillo, pero hizo en seguida un gesto como quien piensa que uno mismo es tonto.

—La llave… —explicó—. Está en mi despacho.

—La acompañaremos —sonrió Leopard.

—¿Al despacho? ¿Temen que escape?

—No precisamente eso, señorita.

Yo comprendí lo que Tony estaba pensando. Los cuatro jóvenes salvajes podían estar escondidos en cualquier parte. Y la bella profesora podía llevarse un susto en cualquier momento.

—¿Puedo saber lo que está ocurriendo? —preguntó ella.

—Estamos persiguiendo a unos criminales. ¿Cuál es su nombre, por favor?

—Oh… Anne Mary Anderson.

—Nosotros somos Tim Parrish… —me señaló Leopard—, y el viejo y simpático Tony Leopard. Díganos, señorita Anderson: ¿todo el tiempo ha estado echado este gran cerrojo de acero?

Anne Mary Anderson parpadeó confusa.

—Sí… Sí, claro… Casi nunca salimos al solar a hacer ejercicio de marcha atlética. Y menos, en invierno, que oscurece antes. ¿Por qué?

—Vamos a por la llave.

Fuimos a por la llave. Leopard empujó la puerta del despacho, apartando suavemente a la señorita Anderson. Localizó el interruptor de la luz, la encendió, y ambos miramos muy cautamente al interior. A una sonrisa de Leopard, la señorita Anderson comprendió que debía entrar y proporcionarnos la llave.

Regresamos con ella a la puerta del fondo, dimos dos vueltas a la cerradura y yo fui el primero en salir.

—¡Tim! —Oí la exclamación—. ¡Maldita sea, he estado a punto de quemarte la nariz, como dijo Tony!

Mike Ferguson apareció ante nosotros, pistola en mano, y me dije que nadie podría haberlo culpado si me hubiese abrasado las narices a balazos.

—¿Ha salido alguien? —Gruñí.

—No.

—Sigue vigilando.

Volvimos adentro. Tony estaba mirando críticamente las estrechas taquillas guardarropas. Me miró con el ceño fruncido y yo moví negativamente la cabeza, contestando a su silenciosa pregunta: no, no cabía nadie, por delgado y menudo que fuese, en una de aquellas taquillas metálicas.

—¿Qué otras dependencias tiene su escuela, señorita Anderson?

—Ninguna más. Lo han visto todo.

Tom y yo empezamos a pensar que los pavos, de un modo u otro, habían volado. De pronto, yo volví afuera, tras una advertencia a Mike Ferguson. Recurrí a mi linterna para iluminar la pared. Tony me comprendió en seguida, y ambos nos miramos desalentados, al fin. Ni siquiera tipos bien preparados como nosotros podrían escalar aquella pared hasta el piso inmediato.

—Vamos a ver al jefe… —refunfuñó Tony—. Quizá ellos hayan tenido más suerte.

—Señor Leopard… —musitó Anne Mary Anderson—: ¿puedo saber…?

—Ha sido usted muy amable, señorita Anderson, al permitirnos curiosear por aquí. Oiga: ¿qué piensa hacer el día de Navidad?

—¿Yo? ¿El día de Navidad?

—Ajá.

—Bueno… No sé… ¿Por qué lo pregunta?

—Tengo una bonita cabaña en Los Everglades… ¿Qué tal si nos fuésemos los dos allá, a cantar villancicos?

Primero, Anne Mary Anderson frunció el ceño. Pero sonrió de nuevo, muy dulcemente. No cabía duda de que Tony sabía cómo hacer sonreír a las mujeres.

—¿Sabe usted muchos villancicos, señor Leopard?

—¡Ufff! ¡Un montón, se lo aseguro! ¿Qué me contesta?

—Lo pensaré.

—Bien. La llamaré por teléfono. Vamos, Tim.

La señorita Anderson no se dio cuenta de que Leopard en lo que menos pensaba era en cantar villancicos en su romántica compañía. Me pregunté por qué a pesar de hablar medio en broma, Tony se metía en el bolsillo a cualquier mujer, y otros, como yo mismo, la pifiábamos apenas abrir la boca. Total: que Anne Mary Anderson no se disgustó por la intrusión de dos agentes del FBI, sin permiso para registrar su escuela.

Un par de minutos más tarde estábamos en el zaguán del edificio, donde nos reunimos con el inspector Gordon y los tres agentes que también habían subido a los dos pisos en busca de The Young Wild. Las expresiones de todos eran tan elocuentes que nadie tuvo que preguntar nada para comprender nuestros respectivos

fracasos en la búsqueda.
—¿Y ahora? —mascullé.
—Se os escaparon —dijo Gordon.
—Como no fuese volando, señor…
—No sé cómo, Tim, pero el hecho es que no están en el edificio. ¿Mirasteis bien en el camión?
—Claro.
—Bueno… Habrá que examinar detenidamente ese solar… Quizá encontremos algún sótano… Una especie de refugio camuflado, o algo así… ¿Qué opinas, Tony?
Tony y yo nos miramos. Y los dos movimos negativamente la cabeza. La respuesta era NO.
—¿No? —musitó Gordon—. ¿Por qué no, muchachos?
—Porque si esos jóvenes criminales no hubieran estado seguros de escapar, no habrían venido hacia aquí, señor… —dije yo—. Y no me parece muy inteligente la idea de meterse en un sótano o refugio cavado en el solar. Es como encerrarse uno mismo en la trampa.
—¿Entonces…?
Tony y yo volvimos a mirarnos. Nos sentíamos culpables de aquel fracaso, y los dos pensábamos que éramos unos pobres tontos.
—No perdemos nada registrando meticulosamente el solar… —dijo Gordon—. No quiero que os obcequéis. Fumad un cigarrillo por ahí mientras los demás buscamos dentro del solar.
—Avisaré a Mike… —Sonreí de mala gana—. O les volaría las narices al verlos.
Recurrí a mi radio de bolsillo, mientras Tony, refunfuñando, se iba a dar la vuelta a la pequeña manzana de una sola casa y solar. Gordon empezó a dar órdenes, y en dos minutos él y cuatro agentes cruzaban ya sin cuidado la doble puerta por la que había entrado el camión, llevando linternas.
Yo me alejé unos pasos, de espaldas, para contemplar hoscamente la casa. Sabía que los cuatro delincuentes juveniles tenían que estar cerca de nosotros. Nada de que habían volado. Quizá sí hubiese algún sótano, o cualquier clase de escondrijo…, pero de volar, nada. Tenían que estar allí.
Me quedé mirando distraído a la niña que se acercaba por la acera, tras haber cruzado velozmente la calle. Debía tener seis años,

y llevaba dos preciosas trenzas muy largas. La idea que The Young Wild apareciesen de cualquier parte en cualquier momento, disparando sus metralletas, no me hizo la menor gracia.

—Hola… —La saludé—. ¿Adónde vas?

—A buscar a tía Gety, señor.

—Bueno… ¿Qué tal si te acompaño?

—Es aquí mismo…

—Ah… ¿Vas muy cerca? Bueno, te acompañaré de todos modos, si te parece bien.

La niña se quedó mirándome dubitativa. Ni se me ocurre lo que podía estar pensando. Pero como la idea de la aparición de los jóvenes criminales seguía sin hacerme la menor gracia, la tomé de una mano y seguimos caminando por la acera… Ella se detuvo de pronto, delante del portal del único edificio de la manzana.

—Es aquí, señor.

—Ah… Bueno, ¿qué te parece si soy yo quien entra a buscar a tía Gety?

—No sé si estará.

—¿No sabes si estará? Entonces, ¿por qué vienes a buscarla?

—Porque tengo hambre.

—Oh… Caramba, tienes hambre… Parece que tía Gety se ha olvidado de ti, ¿no es cierto?

—Ella nunca se olvida de mí. Siempre viene pronto a casa, pero hoy debe tener más trabajo.

—¿Trabaja aquí tu tía Gety?

—Sí. En el *Ballet*.

—En el *Ballet*… Muy bien. Dime cómo te llamas y yo…

—Me llamo Margie. ¿Por qué no puedo entrar yo a buscar a tía Gety, señor?

Yo había quedado de pronto como si me hubieran cortado la respiración. Me acuclillé junto a la niña, y ella dejó de torcer el cuellecito hacia mis alturas.

—Margie —musité—: ¿tu tía se llama Gertrude?

—Yo la llamo tía Gety.

—Sí, ya sé… Pero Gety es también Gertrude. Dime una cosa: ¿tu tía Gety trabaja en el *Ballet*? ¿De qué? ¿Qué hace ella, Margie?

—Está encargada de la limpieza.

—¿Encargada de la limpieza del West Miami *Ballet*?

—Sí, señor.

—¿Tu tía se llama Gertrude Sorrel?

—Sí, señor. Pero yo la llamo tía Gety.

—Sí, entiendo, entiendo… ¿Vives con tía Gety? ¿Y con quién más?

—Con nadie más… Tía Gety y yo vivimos solas.

—Margie —tembló mi voz—: ahora vas a hacerme un favor, ¿quieres? Dime antes si vives muy lejos.

—No, señor. A dos manzanas de aquí solamente.

—Magnífico, Margie. Éste es el favor que te pido: vuelve a tu casa en seguida y yo iré luego a verte. ¿Sí?

—¿Con tía Gety?

—Pues… —recordé a la mujer con tres balazos en el pecho, caída de bruces en el pequeño parque; tragué saliva—. Pues no sé si podré encontrarla, Margie. Pero, de todos modos, yo iré a verte luego a tu casa… ¿Estás de acuerdo?

—Me gustaría que tía Gety viniese pronto. Tengo hambre.

Me incorporé, mirando hacia el más cercano de mis compañeros.

—¡Floyd! —llamé.

Vino corriendo y se me quedó mirando, expectante, dispuesto a entrar en acción.

—Supongo que sabes cocinar —dije.

—¿Cocinar? Hombre…

—Vas a llevarte a esta niña a su casa y le prepararás una estupenda cena, mientras yo voy a buscar a su tía. La tía de la niña se llama Gertrude Sorrel.

—Vaya un encargo que… ¿Gertrude Sorrel?

—Sí, Floyd. Y la niña se llama Margie.

Mi compañero se pasó la lengua por los labios; miró a la niña, sonrió y la tomó de una mano.

—Ven, Margie… —musitó—. Te voy a preparar una cena que no la olvidarás en tu vida. Mira, podríamos empezar comprando algo bueno y dulce antes de…

Se alejó con ella, hablando alegremente, a pesar de que, como yo, estaba impresionado. Yo saqué la radio de bolsillo.

—¿Tony?

—¿Qué ocurre, Tim?

—¿Dónde estás?

—Dando vueltas como un idiota. ¿Por qué?

—Los tengo. Tengo a los cuatro jóvenes canallas.

—¡Los tienes! ¿Dónde? —aulló Tony.

—Te espero en la sala de baile.

—¿En la…?

Corté la comunicación y me metí furiosamente en el portal y, en seguida, de nuevo en la escuela de *ballet*. Subí al palco, bajé a la sala y me dirigí directamente a la señorita Anderson, que me miraba con desagrado. Las niñas y las despampanantes jovencitas de dieciocho o veinte años habían quedado inmóviles de nuevo.

—Vamos a las taquillas, señorita Anderson —gruñí.

—Señor Parrish, estoy…

—Yo también estoy trabajando. Y es más importante. Quiero que me lleve a las taquillas. Y con las llaves para poder abrirlas todas.

—Pero…

—Puedo conseguir una orden en menos de cinco minutos.

—Bien…

Salimos de la sala. En su despacho, Anne Mary Anderson recogió un manojo de llaves, duplicados de las correspondientes a las taquillas, evidentemente. Volvimos al pasillo y caminamos hacia donde estaban los pequeños armaritos metálicos numerados.

—Empiece a abrirlos. Todos. Y déme la mitad de las llaves: la ayudaré.

Me dio la mitad del manojo de llaves, cada una de las cuales tenía grabado su número. Instintivamente, empecé por los números más bajos de los que me habían correspondido. El más bajo de todos era el tres. Bus qué la taquilla tres, la abrí, y me quedé mirando las ropas femeninas colgadas ordenadamente. Abajo, en el suelo de la estrecha taquilla, un montón de ropas. Lo que más destacaba en aquel montón de ropas era el chaquetón de piel negra. Lo cogí, tiré de él…, y una metralleta cayó a mis pies. Me incliné…

—No la toque, señor Parrish.

Me quedé encorvado, alzando la cabeza para mirar a la señorita Anderson que, ante otra taquilla tenía otra metralleta en las manos. Me fui incorporando, lentamente. Sin tocar el arma, desde luego.

—Está loca, señorita Anderson… —Diagnostiqué fríamente—. Todo el edificio está vigilado, y el solar está lleno de agentes del

FBI…

—Nos abriremos paso.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Con esto… —Movió la metralleta—. Es la mejor llave del mundo.

—No contra agentes, señorita Anderson. Usar eso trente a unos agentes del FBI es el peor negocio que pueda usted emprender. Deje caer esa metralleta y podremos llegar a…

Las seis hermosas jovencitas que habían estado haciendo ejercicios ante el espejo aparecieron de pronto ante nosotros, todas con el rostro crispado.

—¿Lo sabe él, Anne Mary? —jadeó una de las jovencitas.

—Sí, Nelly. No sé cómo, pero lo ha sabido.

—Ha sido relativamente fácil… Y afortunado. Margie vino a buscar a tía Gety aquí y estuvimos charlando… —dije yo—. Comprendía que los cuatro jovencitos que habían actuado en el Herakles tenían que ser cuatro de ustedes… Se ponen ropa dé muchacho, cogen sus armas, y se van a cometer canalladas… Nadie lo diría, viendo ahora sus rostros de bonitas muchachas… Luego vienen aquí, dejan el viejo camión en el solar y entran en la escuela de *ballet*. Seguramente llevan ya puestas sus mallas blancas, de modo que sólo tienen que quitarse los disfraces de muchacho y aparecer en la sala. Admirable…, y monstruoso, jovencitas. Veo que son seis…, y su directora, Anne Mary Anderson. Pero, según entiendo, para el asunto del Herakles sólo designaron a cuatro. Las otras dos fueron detrás de Gertrude Sorrel, comprendieron que ella se había citado, con alguien en el parque, para delatarlas…, y la mataron. Cosas así. Y mientras nosotros, por ahí fuera, tendríamos que convencernos de que The Young Wild, de un modo u otro, habían conseguido escapar a nuestro cerco, ustedes seguían bailando tranquilamente. Admirable…, y monstruoso, repito.

—Anne Mary… —musitó otra de las «dulces» jovencitas—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Marcharnos de aquí… Nos escudaremos con algunas niñas…

—No podrán… —dije yo secamente—. Tony las está esperando afuera. Y a los dos nos gustan mucho las niñas. Y si prefieren salir por la puerta de atrás, se encontrarán con una docena de hombres armados que están registrando meticulosamente el solar. Acabemos

la fiesta en paz, señorita Anderson. Ya han matado ustedes demasiado.

—Seguiremos matando, si es para escapar, señor Parrish. —Y ya que, según entiendo, el simpático señor Leopard está solo, creo que ése es el mejor camino. Nos vamos, chicas… Y al pasar recogeremos unas cuantas niñas, que nos servirán de defensa. Es una lástima, pero hay que hacerlo… Seguiremos el negocio en otra ciudad. Vuélvase, señor Parrish.

—Estoy bien así.

—Como quiera.

Supe que Anne Mary Anderson iba a disparar contra mí con la metralleta una fracción de segundo antes de que así sucediera en realidad. Y todo lo que pude hacer fue intentar meterme en aquella estrecha taquilla, mientras llevaba la mano hacia mi pistola… Pero ni pude sacar la pistola, ni meterme dentro del estrecho armarito. Lo único bueno que ocurrió para mí fue que la puerta metálica abierta detuvo parte del chorro de balas… Sólo parte. Noté dos o tres golpecitos en el cuerpo: en un hombro, en un costado, en el pecho… Todo dio vueltas, y vueltas, y vueltas…

Todavía pude oír un seco disparo de automática, y la voz de Tony Leopard, muy lejana, muy lejana, muy lejana…

—¡Quietas! ¡No se acerquen a los armarios, o les ocurrirá lo mismo que a su profesora!

* * *

—¿Qué tal? —Oí.

Las sombras se convirtieron, poco a poco, en la cabeza del pelirrojo agente de ojos color pimiento.

—Tony… ¿Eres tú? ¿Estás bien?

—Soy yo y estoy bien… —rió Leopard—. Mejor que tú siempre… ¿Cómo pudiste ser tan idiota de meterte tú solo en el cubil de las víboras?

—Las víboras… Oh, sí… Tony, ¿qué ha pasado?

—Tuve que meterle una bala en la barriga a Anne Mary Anderson. Una lástima, porque no pude llevarla a la cabaña de Los Everglades. Las «deliciosas jovencitas» están a buen recaudo, listas para ser juzgadas. Se recuperó casi todo el dinero. La recompensa asciende a veintitantos mil dólares, en total.

—Escucha, Tony… Esa niña, Margie… Quiero que le des mi parte a ella… La pobre niña…

—Le daremos tu parte y la mía, eso ya está pensado, hombre… Y como veo que estás bien, y no dices más que tonterías, que te soporte quien quiera. Adiós, tú.

Desapareció el rostro de Tony Leopard, y apareció el de Florrie ante mis ojos. Creí que estaba soñando al ver allí a mi vecinita, tan hermosa, tan fresca y juvenil… Había dos lágrimas muy gordas en sus ojos.

—Florrie… ¿Qué… qué haces tú aquí?

—Tim, querido —gimió ella.

—¿Por qué… has venido a este lugar…?

Oí la voz del inspector Gordon, aunque sin verlo a él:

—Tim se cree que está todavía en el West Miami *Ballet*, señorita Smith, con tres balas en el cuerpo. Dígale usted misma que de eso hace una semana y que ahora está en una clínica.

—¿Una… semana…? —musité—. Pero yo… Oh, Florrie, lo siento… Te dije que pasaríamos las Navidades…

—Tim, no importa… No importa…

Al parecer era cierto que Florrie no estaba enfadada conmigo, porque me besó de un modo…

21 MARZO 1968

Bien… Hasta aquí todas mis aventuras con suerte, en las que recibí ayudas, mimos, colaboración… Pero, como he dicho al empezar este diario, ahora me encuentro encerrado entre cuatro paredes, sin posibilidad de salvación. La suerte está echada. Y nadie va a ayudarme. Nadie. Me han abandonado. Todos… Empezando por el inspector Gordon y terminando por Tony Leopard, todos me han abandonado a mi suerte. Sé positivamente que nadie me tenderá una mano. El cepo, finalmente, se ha cerrado alrededor de Tim Siete Vidas Parrish.

Se acabó.

Estoy vencido.

Pero una vez más demostraré que un agente no le teme a nada. ¿Tengo que dar el paso final hacia el sacrificio? Pues lo daré con energía, sin vacilaciones… Nadie va a enterarse del miedo que tengo… No se enterará absolutamente nadie…

Oigo pasos. Seguro que es Tony, que viene a refocilarse con mi derrota. Aparecerá pronto en la puerta y me dirá…

ESTE ES EL FINAL

Tony Leopard apareció en la puerta del apartamento, sonriendo irónicamente, tal como les dije, y preguntando:

—Tim: ¿estás listo…? Pero… Hombre de Dios… ¿Qué haces en pijama todavía? ¡Florrie va a estar lista de un momento a otro!

—Tony… Tony, amigo mío… ¡Ayúdame! —le imploré—. ¡Creo que no sirvo para casado!

Tony se me quedó mirando con el ceño fruncido. Estaba impecable, con su *smoking*, sus cabellos rojos bien peinados…

—¿Ahora lo piensas? —farfulló—. Pues por mí puedes irte al demonio. ¡Haberlo pensado antes! Ahora están esperando los invitados, y Florrie va a aparecer de un momento a otro, vestida de blanco, tan hermosa, tan dulce, tan juvenil…

—Oye, oye, no te entusiasmes tanto… ¡Soy yo quien se va a casar con ella, no tú!

—Precisamente. Tú te metiste solito en el lío, de modo que ya te las arreglarás. No esperes ayuda de nadie, puesto que tú mismo te metiste en el cepo. Yo hago ya demasiado siendo tu padrino, qué demonios. En cierto modo, tengo la impresión de que te traiciono, de que soy cómplice de un complot contra ti… Pero puesto que tú mismo te metiste en la trampa, apechuga. Bueno, ¿qué tal si te vistes, te afeitas, y todo eso…? ¡Tienes que aparecer bien presentable en el sacrificio, no olvides que eres un agente…!

¿Se dan cuenta? ¡Nadie me ha ayudado! Todavía oigo la sentencia, como si estuviese resonando ahora mismo: «Yo os declaro marido y mujer…». Sí. Caí de lleno en el cepo. Todos mis invitados han estado muy divertidos, y han besado a la novia, o sea, a Florrie,

mi esposa… Luego, ella y yo, hemos escuchado a solas Canción de Primavera, porque hoy, veintiuno de marzo, sí que está adecuado oír esta música… Mañana saldremos en viaje de novios a recorrer un poco la vieja Europa, y cuando regresemos, yo seguiré siendo un agente lleno de cicatrices, hasta que me llamen Mil Vidas Parrish, y…

Perdón. Me está llamando Florrie… Otro día quizá siga contándoles mis aventuras más importantes, pero ahora… Bueno, son ya las doce de la noche y Florrie sigue llamándome desde el dormitorio, muy dulcemente…

Con permiso, amigos.

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

publica en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

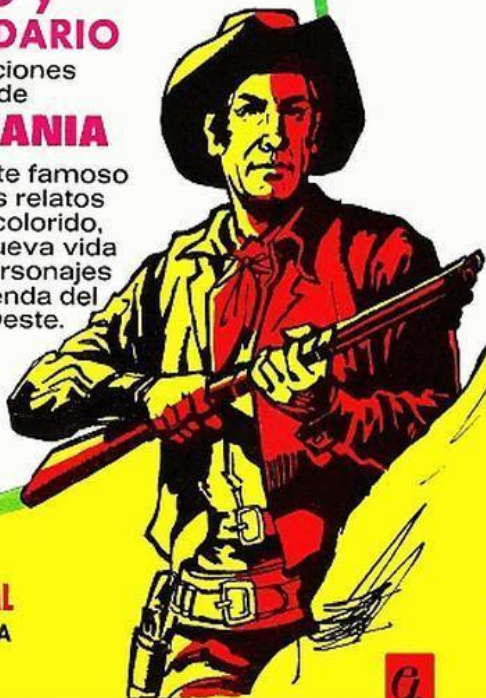
en sus series

CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL

ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…